El chico de la linda sonrisa

Aleris Candia

Capítulo 1

Linda pulsera

Suspiro con la mirada perdida y una sonrisa dibujada en los labios. Una sonrisa muy boba probablemente. Otro suspiro se me escapa, recordando al bello ángel que hace no más de diez minutos me había dirigido la palabra.

Seguramente no entienden de qué hablo, así que lo contaré empezando por ese momento en el que fui por una paleta, que por cierto no me duró ni la mitad del camino de regreso al aula. Sí, retrocedamos unos minutos, aprovecharé para reproducirlo todo de nuevo en mi cabeza, y poder suspirar como tonta enamorada en el momento en que el chico me hable.

20 minutos antes…

De pie, frente a las puertas de la cafetería, respiro hondo, preparando mis codos consciente de que tendré que utilizarlos para impactarlos en las costillas de cualquiera que se interponga en mi camino. Doy un paso, adentrándome en la jaula en la que se encuentra el caos de siempre. Estudio con una mueca la bola de alumnos chocándose entre sí, empujándose. Estudiantes con complejo de animales salvajes abalanzándose sobre su presa, todos luchando por llegar a donde mismo.

La barra.

Tomo otra bocanada de aire antes de entrar. Pasó con dificultad entre dos personas, intentando mezclarme con el gentío. Tratar de mantenerme en pie es algo difícil dado a que no soy la persona más alta y tampoco alguien a quien considerarían con mucha fuerza. Una chica promedió no es suficiente contra la avalancha de personas en la que me encuentro ahora. Aun así hago lo posible para no caer ante los empujones de la gente a mi alrededor y pasar entre los huecos que se van abriendo ante mi, aprovechando que soy pequeña, y la facilidad que esto me trae para hacerlo.

Odio las multitudes. Estar en medio de una como esta no ayuda a mi poca tolerancia respecto a ellas.

Pisotones, empujones y codazos es lo que recibo en mi intento por llegar a la barra. O intentar acercarme. No soy muy partidaria de la violencia, siempre he pensado que es mejor arreglar las cosas con palabras, pero la situación lo amerita.

Además dudo que alguien vaya a escuchar algo de lo que intente decir con

tanto alboroto.

Comienzo a dar codazos suaves a las personas cerca de mi, tratando de no ser muy ruda y avanzando lo más rápido que puedo, alejándome de las personas que reciben ese pequeño gesto de violencia de mi parte antes de poder sentirme culpable por tales golpes. Antes de llegar frente a la barra accidentalmente piso a alguien, quien suelta un jadeo de dolor. Me siento culpable al instante y con unas ganas enormes de pedir disculpas a la persona a la que le he encajado mi huesudo pie. No obstante, el mar de gente me impide cumplir con mi buen acto y lo único que alcanzó a ver es la cabellera negra de una chica. Mi costilla recibe un golpe suave que hace que me percate de la barra junto a mi. Lo logré, he llegado a la barra. Me apresuro a pedir y pagar la paleta que tanto ansiaba, y por la cual me metí aquí. El problema volvió cuando me di cuenta que para regresar tendría que volver a cruzar la marea de animales... digo, alumnos.

Suspiro, haciendo una mueca.

A salvo, fuera de la cafetería, tomo una gran bocanada de aire recuperándome de lo anterior. Tengo el cuerpo adolorido por los golpes despiadados de la gente que sigue ahí dentro.

Ah pero la señorita quería una paleta. Ahora pago las consecuencias de mis caprichos.

Camino por los pasillos después de haber buscado a Arlette por todos lados sin tener buenos resultados, pues pareciera que se la ha tragado la tierra. Esa chica es tan escurridiza como yo, algo increíble pues no es alguien que pase desapercibida muy fácilmente. Es una cabeza más alta que yo, suele llevar los labios pintados de un rojo fuerte, color borgoña o incluso morados y siempre se asegura de llevar ropa oscura o que la haga parecer ruda. Está pasando por la etapa en la que piensa que es una adolescente incomprendida, así que siente la necesidad de rebelarse ante la sociedad.

Antes de subir las escaleras tomándolas como atajo, pues es el camino más corto hacía el salón, un chico se atraviesa en mi camino provocando que haga uso de mis reflejos y habilidades gimnásticas en un intento por no caer al piso, las mismas que utilice para impedir que me aplastaran por completo en la cafetería. Es castaño y de cabello rizado, sin embargo no alcanzo a ver más allá de su altura porque solo giró un poco su rostro y dijo un "lo siento" en voz tan baja que apenas pude oírlo, para después seguir caminando a pasos rápidos. Un poco desorientada por mí casi caída, agito la cabeza sutilmente y sigo mi camino en dirección a mi aula.

— ¡Cali! —alguien grita mi nombre en cuanto entro al salón. Puedo reconocer esa voz en donde sea — ¿Dónde te habías metido? Vine a

buscarte y no estabas.

Sonrió con un poco de sorpresa en cuanto veo a mi amiga. Tiró el palito, de lo que antes fue una paleta, en el cesto de basura y me dirijo hacia Arlette. Como había mencionado antes lleva ropa oscura y su maquillaje acostumbrado.

— ¿Experimentando con tu cabello? —digo acercándome e ignorando su comentario anterior.

Ella solo asiente con una sonrisa traviesa de lado. Los labios morados contrastando con su pelo.

Al parecer Arlette ha decidido molestar un poco más a sus padres utilizando esta vez su cabello como una muestra de su rebeldía. Ha teñido las puntas de éste de color violeta. No se le ve mal, de hecho le queda, va mucho con su estilo y personalidad. Pero no es algo que yo haría.

—Por cierto, debería ser yo quien te pregunte eso. Te busqué por todos lados y no te encontré ni en mi recorrido a la cafetería y de vuelta —le reprocho.

Le resta importancia al asunto con un simple encogimiento de hombros, dando el tema por sentado.

—Algo me dice que tu madre no se puso muy feliz —digo refiriéndome a su nuevo look.

—No te imaginas. Casi me rapa la cabeza por completo, se puso como loca —dice con diversión a juzgar por su expresión — Tú sabes, de esas veces en que las madres se ponen tan furiosas que parece que sacaran fuego por sus bocas. Pero papá la paró antes de que me asesinara diciendo que era joven y que era normal.

Solo he visto a los padres de Arlette un par de veces, pero fue suficiente para darme cuenta de que sus personalidades son tan distintas que pelean por cualquier cosa. Eso no impide que se amen y se demuestren su amor. Es un tipo de amor extraño, se complementan bien. La señora Johnson es muy estricta, sobre todo ahora que a Arlette le salió la locura. El señor Johnson es más relajado, algo que es de ayuda cuando Arlette hace alguna de las suyas y su madre enfurece al punto de querer ahorcarla.

—Jamás he hecho enojar tanto a mi madre, ni si quiera me ha pegado —digo negando con la cabeza.

Me da una sonrisita ladeada.

—Cierto, tu eres una chica buena. Tanto que jamás te han castigado.

No digo nada pues es verdad, jamás he recibido un castigo, nunca he hecho algo tan malo como para merecerlo. Nunca he hecho algo que pueda considerarse como algo malo, punto.

Mi amiga se despide de mi y sale del salón después de recibir el cuarto mensaje de su madre exigiéndole que le responda el teléfono, no dudo que lo único que quiera sea gritarle unas cuantas cosas más y reprocharle por pintarse el pelo.

Suspiro y me dirijo hacia mi lugar. Me dejó caer en el banco, celular en mano y me dispongo a encontrar algo entretenido para hacer, pues el descanso aún no acaba y para ello faltan aún unos minutos. Encuentro un mensaje de Paris, mi hermano, y decido contestarlo ya que después seguramente olvidaré hacerlo y él dramatizará y no me dejará en paz por el resto del día. Escribo una respuesta y coloco una carita sonriente junto a esta, para que no se vea tan serio.

Estaba a punto de enviar el mensaje, cuando una voz a mi lado habla:
—Linda pulsera
—dijo acariciando la nombrada con un dedo.

Ni siquiera me había percatado de que alguien estaba sentado junto a mi, que yo recuerde no había nadie ahí ¿o sí?

Supongo que venía tan metida en mis pensamientos que no noté su presencia. El chico me miraba esperando una respuesta que no tarde en darle.

—Ah... gracias —respondo y las comisuras de sus labios tiran hacia arriba, formando una bella sonrisa.

La sonrisa más linda que he visto en mi vida.

Capítulo 2

Linda sonrisa

Ahora que lo miraba bien me daba cuenta de que no era para nada feo, a juzgar por sus piernas podía notar que era alto, tenía buen cuerpo, era delgado pero sin llegar a exagerar, parecía ejercitarse pues sus brazos estaban marcados, ojos oscuros, lindo rostro, era castaño y su cabello rizado le daba un toque tierno. Parecía simpático, aún más después de regalarme esa deslumbrante sonrisa.

— ¿Dónde la compraste? —pregunta sin dejar de sonreír.

Me lo pienso unos segundos antes de contestar:
—Me la trajeron de un viaje —sonrío de lado.

El asiente pensativo.

Es tan lindo.

—Tengo unas parecidas —señala mi muñeca en la que descansan varias pulseras, incluyendo la que al parecer le gustó.

—Oh ¿en serio? —hace un gesto afirmativo.

Me quedo callada, sintiéndome estúpida, no sé qué más decir. ¿Qué se supone que diga ahora, le pregunto cómo son las suyas?

—Y ¿de dónde te la trajeron? —sigue con las preguntas.

Una expresión de asombro está a punto de colarse en mi rostro pero la retengo. No puedo creer que este lindo chico con perfecta sonrisa siga intentando tener una conversación conmigo. De pronto una duda surge en mi cabeza.

¿El estará realmente interesado en mi pulsera?

¿O quería platicar conmigo porque le parecí linda y no supo cómo acercarse?

—De Veracruz... creo —es inevitable que dude sobre la procedencia exacta de la pulsera, lo único que sé es que mi padre me la trajo de un viaje y desde entonces nunca me la quito. Papá viaja mucho y su pequeño regalo suele hacerme sentir como si lo tuviera todo el tiempo conmigo, como si estuviera junto a mi y no a kilómetros.

Nos quedamos mirando a los ojos durante unos segundos que me parecieron eternos, hasta que él desvió la mirada y se concentró en un grupo de personas que se encontraban platicando de pie frente a nosotros. Supuse que eran sus amigos, lo que no entendía era el por qué en vez de unírseles decidió hablarme. Su mirada chocolate vuelve a fijarse en mi, me dedica una sonrisita de lado que hace que el estómago me dé un vuelco.

Eso fue muy sexy.

Trato de devolverle la sonrisa con un poco de torpeza, la suya se ensancha esta vez mostrando unos dientes enlatados que por alguna razón hicieron que su lindo rostro se viera aún más tierno.

Sexy y tierno. Es una combinación un tanto extraña, pero le queda a la perfección.

—Eso era todo —señala el celular en mi mano, con el mensaje aun sin enviar —, puedes seguir con lo que hacías —se le nota un poco decepcionado, a pesar de la casi imperceptible sonrisa, y no entiendo el por qué, pero no lo pienso más, solo asiento ligeramente con la cabeza y regreso a lo que estaba haciendo minutos antes, consciente de que eso será lo último que él me diga y que posiblemente ya no volveremos a hablar. Al fin y al cabo él no me conoce y yo no lo conozco, no hay razón para volver a dirigirnos la palabra.

El timbre toca minutos después. Por el rabillo del ojo noto como el chico lindo se levanta del banco a mi lado, confirmo mis sospechas sobre su altura en cuanto se pone de pie. Se dispone a salir por la puerta, no obstante, antes de salir por completo se detiene abruptamente, como si hubiera olvidado algo y lo hubiese recordado de golpe. Su cabeza se gira rápidamente buscando algo, cuando sus ojos cafés dan conmigo me sonríe y se despide de mi agitando la mano. Le devuelvo el gesto un poco confundida.

¿Qué tipo de chico te habla de pronto, sin conocerte, para decirte que tienes una linda pulsera, prácticamente te ignora después de un intercambio de palabras y se despide de ti como si fueran amigos?

Suspiro.

Hombres.

No puedo evitar encontrarle cierto parecido con el chico del pasillo, con el que me choque cuando venía hacia aquí. Puedo jurar que de espaldas eran idénticos.

Suspiro de nuevo con la mirada perdida y una sonrisa dibujada en los labios. Una sonrisa muy boba probablemente. Otro suspiro se me escapa, recordando al bello ángel que hace no más de diez minutos me había dirigido la palabra. Repetiré la escena cuantas veces pueda con tal de no olvidarlo, ese chico me ha flechado.

El resto del día en clases fue casi normal. No podía dejar de pensar en la hermosa sonrisa de ese lindo chico, que ahora que lo pensaba no me dijo su nombre. Los profesores me llamaron la atención varias veces por estar en las nubes, y cuando se daban cuenta que era yo a quien le exigían atención se sorprendían. Supongo que es normal, no soy la alumna ejemplar, ni la mejor del salón. Pero los maestros me identifican por ser tan tranquila y alguien de buen promedio, y que no suele faltar con tareas. Probablemente lo único por lo que no me considero la mejor sea por química, esa materia simplemente no se me da, puedo aprenderme los conceptos de varios términos pero de ahí no paso. Con las formulas y las prácticas soy terrible, tanto que mis compañeros de equipo no me dejan tocar nada durante los ejercicios prácticos en el laboratorio, temen que haga algo que provoque una explosión con todos adentro.

No volví a verlo en la salida, aunque tenía un ápice de esperanza de que así fuera.

Hice mi acostumbrado camino a casa, no quedaba muy lejos. Hacía menos de veinte minutos caminando y lo prefería, me gustaba escuchar música y pensar durante el trayecto a casa. Mi ida al instituto prefería hacerlo concentrada en el camino y sin distracciones, pensar demasiado y traer unos audífonos que me permiten escuchar música era suficiente distracción como para no darme cuenta si había alguna piedra en el camino que me hiciera tropezar, y eso combinado con una yo soñolienta no era algo muy bueno. Definitivamente caería a causa de esa piedra si intentaba caminar medio dormida, con audiófonos y mis pensamientos en otra parte menos en donde debería.

Sin darme cuenta ya caminaba por la plaza que se encontraba justo frente a mi casa. Caminé un poco más lento, tratando de aprovechar el tiempo, la vista tan linda que había en esos momentos, el aire fresco.

Sin duda Ayllicek era un lugar muy bonito. Una ciudad pequeña, pero hermosa.

Antes de entrar a casa respiro hondo, desde afuera podía escuchar a Paris haciendo escándalo, y estaba segura de que no era nada muy importante. Pero como siempre a mi hermano le encanta dramatizar. Seguramente papá había vuelto a comerse sus galletas a escondidas, sin su permiso, aunque de habérselo pedido igual habría recibido un “no” como respuesta

por parte de Paris.

No me equivoqué, en cuanto puse un pie en la sala me encontré con Paris exigiéndole a mamá que le explicara por qué había permitido que papá se comiera sus galletas preferidas. Él estaba de espaldas así que no me había visto aun, y no era mi intención que lo hiciera.

— ¡Pero pudiste decirle que no se las comiera! ¿Cómo osas decir ser mi madre si me traicionas de esta forma? —reprocha.

Solo puedo ver a mamá rodar los ojos ante tal dramatismo. Tratando de ignorarlo mira hacia otra parte, sus ojos se pasean por el cuarto hasta que dan conmigo. Una pequeña sonrisa se forma en mi rostro en cuanto me mira suplicante, pidiéndome que la saque de esa situación. Paris y sus dramas pueden ser muy irritantes. Antes de que mamá pueda descubrirme frente a él le doy una sonrisa de disculpa y antes de poder arrepentirme ya me encuentro subiendo las escaleras.

En segundos me encuentro en mi habitación. Me dejo caer en la cama junto a la ventana que da justo hacia *"Amla"*, la plaza. No puedo evitar sentirme culpable por dejar a mamá sola ahí abajo, pero no quería que Paris también comenzara a despotricar contra mi solo porque papá se comió a sus "pequeñas".

Suspiro mirando al techo. El rostro de ese lindo chico de pronto se cuela en mi mente. Su tierno rostro, sus ojos color chocolate, su cabello rizado, sus brazos marcados por el ejercicio, sus dedos acariciando mi pulsera, la simpatía que muestra hacía la gente, la pequeña y sexy sonrisa ladeada, sus dientes enlatados.

Su hermosa sonrisa.

Sonrío abiertamente al recordar su bella sonrisa.

Mis ojos se cierran aun con la imagen del chico lindo en mi cabeza. Solo puedo preguntarme si podré verlo de nuevo, aunque sea de lejos, si tendré otra oportunidad de hablar con él. No sé nada de él, pero me encantaría conocerlo.

Espero poder ver de nuevo a ese chico de linda sonrisa.

Esperando que así sea, que mis deseos se cumplan, que se hagan realidad me dejo llevar a la inconsciencia.

Capítulo 3

Zer

Pasó caminando por mi lado, nuestros brazos se rozaron, su colonia se quedó en el aire. Mis ojos se clavaron en su espalda mientras él caminaba hacia el otro lado, alejándose y perdiéndose entre la bola de alumnos.

Ni siquiera me miro.

— ¿Estás segura de que ese chico te habló? —Pregunta Arlette sin molestarse en disimular su mirada puesta en la espalda del muchacho, que se perdía en la multitud —Porque por la forma en que no te miró diría que ni siquiera te conoce.

La tomo del brazo, una sonrisa ladeada formándose en mi rostro. Sé que no debo tomarme muy en serio su ironía, pero sus palabras no podrían ser más ciertas. Pasó junto a mi como si no me conociera, como si no me hubiera hablado y regalado esas lindas sonrisas hace una semana.

Después de que me habló estaba casi segura que no volvería a topármelo, sin embargo al día siguiente volvió a entrar al salón. La diferencia fue que ahora no se sentó junto a mi o en cualquier otro sitio, se quedó parado con el que parecía ser el mismo grupo de amigos del día anterior. Se pasó el descanso platicando con ellos, de espaldas a mi y en ningún momento volteo. Pensé que tal vez él no tenía idea de que yo estaba ahí. Pero antes de irse al terminar el descanso, pude notar que miro en mi dirección de reojo. Eso fue todo.

Tal vez yo tenía razón y él simplemente no volvería a hablarme porque en realidad no me conoce. No parece tener el mismo interés que yo tengo en conocerlo. Quizás solo se acercó esa vez porque me vio sola y quería ser simpático, como parece ser con la mayoría de la gente.

Los siguientes días no volvió al salón, pero eso no impidió que dejara de topármelo. En los pasillos de pronto solía verlo de lejos o simplemente pasaba por mi lado, pero como hoy él no parecía darse cuenta de mi presencia, ni acordarse que días atrás había insistido demasiado en platicar conmigo. Tal vez antes lo veía pero como no lo conocía no le prestaba mucha atención, pero ahora lo veo. Y él parece no verme a mí.

—Tienes razón, pareciera que no me conoce. Aunque en realidad así es, que solo hayamos hablado una vez no me convierte en su amiga y no tiene la obligación de venir a hablarme —digo con una mueca.

Arlette me mira y una sonrisa triste se instala en su rostro. Me palmea el hombro, sabiendo de alguna forma que el hecho de que él parecía no

conocerme me dolía.

—Ni siquiera me dijo su nombre —recuerdo sonriendo de lado —. Lo ves, el simplemente quiso ser agradable, su intención no era que fuéramos amigos o algo más.

Pero eso no quitaba que igual fuera muy lindo y aunque me ignorara yo sabía que no sería capaz de hacer lo mismo que él, porque había algo que me hacía mirarlo cada vez que pasaba. Por alguna razón su presencia me sacaba suspiros de la nada, cada vez que lo veía no podía evitar que una sonrisa se extendiera por mi rostro. No podía simplemente ignorarlo como él hacía conmigo, me era casi imposible. Así que decidí que solo lo miraría cada vez que estuviera cerca, nada más.

Suspiré, siguiendo mi camino, pensando en su linda sonrisa. Arlette me seguía de cerca, perdida en sus pensamientos. Últimamente lo hacía mucho, a veces pienso que tal vez está reaccionando y que un día llegará sin toda esa ropa negra, con una gran sonrisa en el rostro y sin quejarse de sus padres y la sociedad. No es que me desagrade su estilo, de hecho suele ser entretenido escucharla despotricar contra toda la humanidad excepto contra mi. Pero ella solía ser muy alegre, era un sol que iluminaba tus días de lluvia con una sonrisa. Y de pronto un día llegó así, tan cambiada y con una actitud tan distinta que me abofeteo en el rostro en cuanto salieron las primeras palabras llenas de ironía en contra de su madre, con una crudeza impropia de ella. No tarde en comprender que solo pasaba por una etapa, esa en la que odias a todos, y que solo sería cuestión de tiempo para que mi amiga regresara a la normalidad.

Creí que al terminar las clases sería igual que los días anteriores, resignada a no verlo antes de salir del instituto comencé mi camino hacia la salida. Una mata de cabello negro se atravesó en mi camino, caminando con rapidez en dirección a una persona adelante de ella.

— ¡Oye! —Su voz se me hizo conocida, pero no lograba recordar donde la había escuchado antes — ¡Hey, espera! —siguió gritando, hasta que la persona a la que se dirigía le prestó atención.

Fue entonces que un recuerdo fugaz, de hace unos días, se infiltró en mi cabeza. Era la chica de la cafetería a la que había pisado. Recordaba esa cabellera negra y larga, y el grito que dio en medio de toda esa gente, cuando le encaje mi pie por accidente.

Se acercó a un chico alto y lo abrazo desde atrás, tomándolo por sorpresa.
— ¡Hey! Te estoy hablando Zer.

El chico giró un poco la cabeza y la miró mal.
—Te he dicho que no me llames así Beverly —dijo y aunque su expresión

era molesta pude darme cuenta de que solo bromeaba —Solo...

Deje de escuchar en cuanto oí bien su voz. Podría reconocer esa voz en donde fuera, para mi era inconfundible, al igual que su rostro, aunque lo viera solo de perfil.

Él simplemente no podía pasar desapercibido ante mis ojos desde ese día. No después de que me habló, no después de ser tan agradable y lindo conmigo. No después de haber visto su hermosa y deslumbrante sonrisa.

Zer.

¿Por qué no le gustará que lo llame así?

Un suspiro se me escapa, soltaba muchos de esos últimamente, ahora que me daba cuenta. De un momento a otro la pelinegra y el chico lindo se dirigían a la salida, uno junto al otro. Él le rodeaba los hombros con un brazo de forma cariñosa y ella recargaba la cabeza sobre su hombro. Cualquiera que los viera pensaría que son pareja. Yo misma lo pensaba.

Arlette me esperaba junto a la salida, con su característica ropa y maquillaje oscuros, y su cabello de puntas violetas. Me miró con cierta lástima y de haber sido la Arlette de antes no se habría atrevido a preguntar cómo me sentía. Pero ahora mismo mi amiga no era esa chica tierna y feliz que solía ser muy sutil respecto a ciertos temas, así que simplemente lo pregunto sin tapujos.

— ¿Cómo estás? —Pregunto, mirándome con los ojos entrecerrados —Sé que los viste —la sutileza que había usado al principio para hacer su pregunta se desvaneció casi al instante, yo sabía que una parte de la Arlette que conocía estaba ahí escondida en algún lugar, dentro de la chica "dura" que tenía enfrente y que la manera de preguntar con cuidado cómo me sentía, para ella fue un pequeño desliz, pues parece no permitirse mostrar cariño por las demás personas —. Pero puedes fingir que no lo hiciste, supongo que eso harás.

Asiento en respuesta.

Al parecer Arlette tenía razón, ella me dijo que había visto al chico lindo con alguien más, y que parecían muy cariñosos. Supuso que eran algo, y tal vez no estaba equivocada.

—Bien —vuelve a hablar —, vamos entonces. Te acompañare a tu casa, pasare a Nani's por un postre.

Alzo las cejas ante lo último.

— ¿Iras por un postre a Nani's y no me invitas? —la indignación en mi es palpable.

Arlette rueda los ojos y me palmea el hombro, mientras salimos del instituto y caminamos en dirección a la casa Belch.

—Sabes que puedes venir Cali, no seas dramática —niega con la cabeza antes de decir una última cosa —. Pasar tanto tiempo con Paris te está haciendo mal.

Río entre dientes, ante su pequeña broma y seguimos nuestro camino.

Después de cruzar Amla, llegamos a mi humilde hogar. No estuvimos tanto tiempo, solo entramos a dejar las cosas de la escuela y salimos rumbo al local de postres, no sin antes contemplar otra escena dramática por parte de Paris, esta vez con papá como víctima de sus caprichos.

El letrero del local muestra un gran "Nani's" con letras en cursiva y de un color morado muy brillante, que es lo que suele llamar la atención de los clientes. Entramos y al instante vemos a Nina, la dueña del lugar, quien nos sonríe y sacude su mano en nuestra dirección en forma de saludo. No tardamos en devolverle el gesto y nos sentamos en una mesa sola, Nina nos conoce y siempre sabe que servirnos, pues siempre pedimos lo mismo.

Los postres de Nani's son los mejores que he probado en mi corta vida, y solo está a unas calles de mi casa, es por eso que a Arlette le encantaba acompañarme antes. Lo malo era que de tan buenos que estaban solíamos terminar de comerlos muy rápido y el gusto no nos duraba tanto, justo como ahora. No tardamos en pedir otro pastelito, intentamos disfrutarlo más para que esta vez nos durará y platicamos un poco haciendo tiempo para no acabar tan rápido. Nina se nos unía de vez en cuando, cuando no tenía que atender a nadie.

El regreso a casa me tocó hacerlo sola pues Arlette aprovecho para tomar un bus que pasaba cerca de Nani's e irse directo a casa. Para mi no fue problema, podría pensar en demasiadas cosas durante el trayecto. Una vez más el rostro y la sonrisa del chico lindo invadieron mi mente, camine pensando en él todo el tiempo y casi no prestaba atención a mi alrededor.

Desearía tener una historia con él, como en los cuentos o películas.

Tan metida en mis pensamientos estaba que no ví venir a la persona que chocó conmigo de pronto.

—Wow, ten más cuidado, pudiste lastimarte —dije intentando identificar a

la chica.

— ¡Hazte a un lado! —grito, en medio de lo que parecía ser un sollozo.

Un poco preocupada por lo que la tenía en ese estado me acerque con la intención de ayudarla, pero en cuanto puse mi mano en su pálido hombro ella se sacudió con violencia y se alejó corriendo después de gritarme una vez más que no la tocará y que la dejara en paz. Solo pude ver su cabello rojo y alborotado alejarse con rapidez.

Después de ese extraño suceso, camine un poco más rápido con la intención de llegar lo más pronto posible a mi hogar, esta vez preguntándome quién era esa chica y qué le habría pasado para que estuviera así de mal.

Cuando por fin llegué, solo entre por la puerta y me tiré de frente en el sofá de la sala. Ni siquiera me fijé si había alguien más a parte de mi en casa, estaba demasiado cansada como para verificarlo. No sé en qué momento cerré los ojos pero de pronto ya no me encontraba consciente de lo que pasaba a mi alrededor. El cansancio me estaba cobrando factura y yo no iba a resistirme.

Lo último en que pensé antes de quedarme dormida fue en él.

Zer.

¿Será ese su nombre?

¿O solo un simple apodo?

Capítulo 4

No quiero ser la villana

No sé exactamente como pasó, ni por qué. Mi corazón latía tan rápido al principio que creí que se saldría de mi pecho. Eso es lo que causa él en mi, y por desgracia no es el único poder que tiene sobre mi, el de hacer que el corazón se me acelere. También tiene el poder de destruirme en un segundo, sin darse cuenta, pero puede hacerlo. Y es lo que hizo.

Ella, Beverly, según escuché que él la llamaba la última vez, estaba recostada en el tronco de un árbol y él la acorralaba. A Beverly no parecía molestarle mucho, y no la culpo a mi tampoco me molestaría encontrarme con él en esa posición. Lo peor no era la posición en la que estaban, no. Lo peor era que se estaban besando, con mucha pasión. Y ahí no terminaba mi martirio. Lo estaban disfrutando, y yo los estaba viendo.

No eran celos, al menos eso quiero creer. Sería ridículo que sintiera tal cosa cuando no somos nada, cuando ni siquiera me mira. Pero dolía.

Giro mi rostro, dirigiendo la mirada hacia otra parte lejos de la romántica y apasionada escena. Ellos no me han visto y no creo que lo hagan, Beverly no me conoce y él no me registra.

Salí de casa pensando que podría pasar un buen sábado en la plaza, y recorrer los pequeños senderos que formaban los árboles de *Amla*. Creí que podría olvidarme por el resto del fin de semana del chico lindo, de Beverly a su lado y la manera en que él me ignora cuando pasa junto a mi. Pero el universo se empeña en ponerlo en mi camino, y lo malo es que no lo pone delante de mi a él solo. No, lo pone junto a ella.

Suspiro con los ojos cerrados, deseando que al abrirlos la escena de ellos dos juntos desaparezca como si solo hubiese sido mi imaginación jugándome en contra para hacerme sufrir, pero no es así. No es mi imaginación, ellos siguen ahí, perdidos en su burbuja de amor.

Una que podría ir y reventar fácilmente.

Tal vez podría arrojarles algo o podría gritar y hacer que se separen, quizás podría acercarme y carraspear o comenzar a hablar de la nada para ponerlos incómodos.

Sacudo la cabeza reprendiéndome ante tales pensamientos, alejando de mi mente las ideas malévolas que pensé hacer por un momento con tal de no verlos juntos.

Odio esto, odio que me guste un chico para el que soy invisible, odio que me haga sentir tantas cosas con tan solo pasar por mi lado, odio tener que verlo junto a alguien que no sea yo porque ni siquiera sabe de mi existencia y odio tener de pronto pensamientos tan horribles sobre las atrocidades que desearía hacer para separarlos.

Yo no soy así, nunca he pensado en hacerle algo malo a alguien, jamás se me había pasado por la cabeza la necesidad de lastimar a una persona. Pero verlos juntos saca lo peor de mi, hace que mi parte mala, la que creía inexistente, quiera salir. Y eso no me agrada. No quiero convertirme en la mala de la historia, en la mala de su historia. Esa a la que todos odian y quieren muerta o que simplemente desaparezca para que deje en paz a los protagonistas, para que los deje ser felices sin que ella esté metida en medio. Esa villana a la que yo misma he odiado cada vez que sale intentando separar a la pareja principal en las novelas o películas.

No quiero convertirme en eso.

Decido caminar en la dirección contraria a donde se encuentra la feliz pareja y dar una vuelta por los locales que hay cerca de donde estoy. Mis ojos no tardan en dar con la vitrina de una tienda de accesorios, al otro lado de la acera en la que me encuentro. Sin pensarlo demasiado me dirijo hacia ahí. Al instante en que me coloco frente al vidrio del local veo los anillos, collares y las pulseras que cuelgan de varias manos falsas.

Recuerdo el día en que Arlette y yo pasamos junto a esta tienda. Veíamos los collares (en realidad Arlette los veía, yo me limité a observar las pulseras), mi amiga parecía haberse enamorado de un collar con una estrella plateada, me comentaba lo mucho que le encantaba el accesorio y se lamentaba que el precio fuera uno que no podía pagar, cuando Paris se apareció de pronto. Nos acompañó a casa escuchando nuestras pláticas sin sentido con una expresión de fastidio, no pasó desapercibido para mi el momento en que se quedó mirando fijamente el collar que le había gustado a Arlette, como si quisiera comprarlo. No le tomé mucha importancia y no dije nada al respecto.

Olvidando la razón por la que decidí alejarme de la plaza me adentro en el lugar, una campana suena cuando lo hago anunciando la llegada de un nuevo cliente, yo. El lugar tiene un estilo *vintage* con el piso de madera y las paredes de un color crema, hay estantes con accesorios muy lindos, de los que solo llaman mi atención las pulseras y unos cuantos brazaletes. Es un lugar pequeño, pero muy lindo.

Después de saludar con un sutil movimiento de cabeza a la mujer del mostrador me acerco al lugar en el que se encuentran las pulseras. No puedo evitar mirar los collares que se encuentran cerca, colgado y un poco escondido entre los demás está el collar con la estrella que enamoró a Arlette. Me dedico a observar las pulseras artesanales con la intención

de comprar una o dos. Mi amor por las pulseras no es algo nuevo, siempre que puedo compro alguna, así es como he llegado a recolectar cincuenta de ellas. Alcanzo a ver una muy parecida a la que papá me regaló y por la cual el chico lindo me habló.

Sonrió de lado recordando ese momento. De verdad pensé que podríamos ser amigos, y muy en el fondo también deseaba que pasara algo más.

La campana vuelve a sonar anunciando la llegada de otro cliente. En cuanto mis ojos dan con la entrada del lugar me corrijo, no es una persona, son dos. Y tenían que ser ellos exactamente. Parece que mis intentos de evitarlos han sido en vano y lo seguirán siendo porque al destino le gusta verme sufrir.

Suspiro.

Giro mi cuerpo dándole la espalda a la pareja, no quiero ver cómo se toman de las manos mientras se lanzan miradas cariñosas. Me limito a tomar pulseras de una en una como si estuviera decidiendo cual comprar, no puedo concentrarme en lo que hago sabiendo que está tan cerca, a unos cuantos pasos. Tengo la cabeza gacha y no tengo la intención de levantarla, un movimiento junto a mi me alerta y yo trato en vano de ignorarlo. Están justo a mi lado y yo me siento temblar de los nervios por tenerlo tan cerca.

— ¿Qué te parece este? —escucho preguntar a Beverly, la miro de reojo por entre mis cabellos, tiene un collar en sus manos y lo mira fijamente con adoración.

No es la gran cosa, es un simple corazón con una "B" grabada, pero parece gustarle mucho.

—Es lindo —su hermosa voz me hace querer acercarme a ellos con tal de escucharlo más de cerca.

Me pregunto cómo se sentiría si me susurrara al oído, de solo pensarlo me estremezco.

— ¿Lo quieres? —pregunta.

La veo asentir con entusiasmo y una gran sonrisa en el rostro.

—Sí, aunque también me gusta este anillo —parece indecisa sobre cual llevar, se queda mirando ambos, primero uno y luego el otro, comparándolos.

Mis ojos parecen tener vida propia porque no dejan de viajar hacia la pareja, que sigue decidiendo cuál de los dos accesorios elegir. Soy tan

masoquista que no puedo dejar de mirarlos aun sabiendo cuanto dolor me causa él verlos juntos, no corro mucho peligro porque mi pelo suelto forma una cortina de cabello que alcanza cubrir mi cara lo suficiente como para sentirme segura de que si me ven no sabrán quién soy. Me arriesgo a girar el rostro hacia ellos con lentitud y disimulo para evitar ser descubierta.

Mi misión "espiar a la pareja" se ve interrumpida por la campana que suena por tercera vez desde que entré, por instinto giro mi rostro hacia la puerta buscando a la nueva persona que acaba de entrar al lugar. Mi movimiento no fue brusco pero eso fue suficiente como para hacer notoria mi presencia, sus ojos dieron con mi rostro, me miró confuso, el cabello que cubría parte de mi cara sirvió para evitar ser reconocida. Pero eso no impedía que mi corazón latiera tan rápido como antes, su mirada no se aparta de mi y eso no me ayuda a disminuir la velocidad de mis latidos. Intento ignorar que me está mirando fijamente y me concentro en la persona que acaba de entrar.

El cabello castaño y ese peinado que tan bien conozco me hacen fruncir el ceño. Él camina directo hacia el lugar en el que se encuentran los collares, pasa por mi lado pero apenas nota mi presencia, y la de cualquiera aquí.

La seguridad con la que se mueve en la tienda y con que busca entre los collares colgados, como si quisiera encontrar alguno en especial, me hace preguntarme si ya había venido antes. Su mano se detiene en el collar de la estrella que tanto le gustó a mi amiga y lo mira fijamente, pareciera que él sabía perfectamente que estaba ahí, escondido entre los demás de tal manera que no se notará a simple vista. Ahora que lo pensaba el collar estaba escondido de forma estratégica, para que nadie lo encontrara fácilmente. Y él parecía saber eso, como si él mismo lo hubiera escondido.

Él no se ha percatado de mi presencia, está muy concentrado en el collar, así que lo miro sin temor a que me vea. Lo sigo con la mirada, ignorando lo mejor que puedo al lindo chico que no ha desistido en su misión de verme fijamente, su novia está muy ocupada viendo otros accesorios como para darse cuenta de que su chico me mira. El muchacho se dirige al mostrador con el collar en la mano, entrecierro los ojos cuando lo veo sacar dinero y pagar por el collar, la mujer lo mete en una bolsita y se lo da al chico. Sale del lugar con la pequeña bolsa en mano y una sonrisa de satisfacción. Casi puedo escuchar como canta victoria en su mente. La duda no deja de dar vueltas en mi cabeza.

¿Qué hacía Paris aquí y por qué compró exactamente el collar que le gustó a Arlette el otro día?

Capítulo 5

Solo miradas

Me quedo parada viendo hacia la puerta, por la que ha salido mi hermano con una gran sonrisa de felicidad y victoria. Lo sigo con los ojos observando como camina en dirección a no sé dónde, hasta que desaparece de mi vista. Sacudo la cabeza, parpadeando varias veces y me dispongo a seguirlo, dejando en su lugar las pulseras que sostenía me encamino hacia la entrada, aun sintiendo la mirada del chico lindo en mi, cruzo la puerta y salgo del local. Busco a Paris con la mirada pero no lo encuentro. Se ha esfumado.

¿Cuándo se convirtió en Flash ese chico?

Vuelvo a la puerta, con la mano en el pomo me quedo quieta, sin hacer nada, antes de entrar de nuevo a la tienda lo pienso dos veces. La inseguridad me consume, no sé si volver sea lo correcto. Puedo irme y no arriesgarme a que mi corazón termine con más grietas de las que ya sufrió este día.

Antes no ha visto mi rostro porque mi cabello lo ocultaba y me encontraba en un ángulo en el que le parecía casi imposible verme. Pero si vuelvo ahí dentro entonces las probabilidades de que me vea son muchas.

Él está prohibido. Tiene novia y yo no soy una zorra como para meterme en su relación.

Para mi verlo es un pecado. Pero él me tienta. Es tan tentador y tan placentero observarlo que no me importa si después termino en el infierno por pecar tanto.

Una vez más mi lado masoquista hace acto de presencia, mis ganas de verlo de nuevo, aunque sea junto a ella son muy fuertes. Sin pensarlo más y antes de poder echarme atrás empujo la puerta haciendo sonar la campana y provocando que sus ojos se dirijan hacia mi.

Había olvidado la endemoniada campana, me dan ganas de maldecirla en voz alta por hacer que el chico lindo me mire, pero me contengo. Confundida me pregunto desde cuándo tengo ese tipo de pensamientos tan... salvajes. Nunca, que yo recuerde.

Agacho la cabeza rápidamente con la intención de que mi cabello forme una cortina como escudo, no queriendo que vea mi rostro. Paso por su lado, mirándolo de reojo a través de mi cabello. Ignoro por completo a su novia, no tengo intención (ni ganas) de verla, prefiero aprovechar y verlo a él en vez de perder el tiempo prestando atención a Beverly y la forma

melosa en que le habla.

No sé si me reconoce, o me recuerda si quisiera, pero sus ojos no se apartan de mi, puedo sentir su mirada clavada en mi nuca cuando me quedo parada, de espaldas a él, en donde había estado antes de salir tras Paris. Miro por sobre mi hombro con cuidado, sus ojos color chocolate siguen puestos en mí y no entiendo porque parece tener tanto interés en mi persona. Su mirada choca con la mía, entrecierra los ojos, como si intentará recordar algo, después estos comienzan a descender hasta llegar a mi muñeca derecha. Puedo notar que frunce el ceño, dirijo mi vista hacia el mismo sitio que él. No sé qué es lo que intenta encontrar en mi muñeca pero sea lo que sea no creo que lo haga, pues no está al descubierto gracias al clima que me ha obligado a usar mangas largas.

Mis ojos vuelven a los suyos y él me devuelve la mirada, no obstante me es imposible sostenérsela y la aparto al instante, evitándolo. Puedo escuchar a su novia hablarle, intentando llamar su atención.

—Cariño, ¿qué miras? —Por la forma insistente en que le habla, y la sensación de estar siendo observada, soy consciente de que él me sigue mirando y eso hace que mi corazón se acelere —Oye, te estoy hablando —escucho como chasquea los dedos y puedo imaginármela también pasando su mano frente al rostro de su chico.

—Sí, lo siento amor me quedé pensando —se disculpa, aún siento sus ojos en mi nuca.

Cambio de posición de forma que me sea posible verlo de reojo. Cuando lo miro no pasa mucho tiempo y él por fin aparta la vista. De haber seguido así, mis nervios habrían comenzado a notarse y eso no sería algo bueno para mí. Trato de olvidar que mi hermano acaba de salir con un collar, que le había gustado a mi amiga, en manos, y que el chico que me pone tan nerviosa está cerca y no deja de mirarme. Porque sus ojos han vuelto a posarse en mi, y no tengo que voltear en su dirección para comprobarlo, la voz de Beverly intentando llamar su atención es prueba suficiente de ello.

¿Por qué rayos me mira tanto?

Presto más atención en las cientos de pulseras que tengo delante. No sé en qué momento mis manos tomaron tres de ellas, pero ahí están, reposando entre mis dedos. Las suelto y tomo otras distintas, se cuela un brazalete muy lindo entre estas. Es plateado y tiene varios dijes uno de ellos es una estrella y otro es un corazón, también hay una cruz, una luna, una llave y otras cuantas figuritas más. No lo dudo y lo tomo con una de mis manos, busco otra pulsera que me guste y cuando la encuentro

también la tomo mientras sonrío satisfecha.

Giro sobre mis talones, instintivamente mis ojos se desplazan a donde se encontraba la parejita, pero ya no está en el mismo lugar. Los busco por el pequeño local con la vista, sintiéndome observada por enésima vez en el día, mis ojos se chocan con esa mirada color chocolate que comienza a hacerse tan conocida para mi. Él y Beverly están pagando, en la caja. Nunca había cruzado miradas con él, solo cuando me habló por primera vez y fue algo rápido, en definitiva jamás lo había visto a los ojos, al menos no con él siendo consciente como para devolverme la mirada. Y que me mire y sea consciente de mi presencia me pone nerviosa.

Temblorosa y un tanto confundida por las sensaciones que me provoca me acerco tratando de parecer segura, pero se me dificulta mucho con sus ojos puestos en mi, tal vez solo piense que me ha visto en otra parte pero yo siento que me mira de una forma intensa. Claro que pueden ser solo imaginaciones mías. Evito sus ojos lo mejor que puedo y dirijo los míos a otro lugar, la ventana es lo primero que capto y mantengo mi vista ahí, rogando internamente que nada que pueda hacerme tropezar se atraviese en mi camino. Siento sus ojos clavados en rostro, insistentes, como si quisiera que lo mirara. Pero no voy a hacerlo.

Saber que me esa observando provoca que me sea difícil mantener mi concentración en los pasos que doy, quizás me veo ridícula caminando y viendo hacia otra parte, pero no quiero mirarlo. Mis manos sudan y de no ser porque están hechas puño, el brazalete y la pulsera ya habrían resbalado de ellas.

Cuando llego a su lado evito a toda costa voltear en su dirección y me mantengo observando algunos anillos que se encuentran cerca. Mi pulso se acelera cuando por el rabillo del ojo lo veo abrir la boca, queriendo decir algo, pero la vuelve a cerrar. Una parte de mi se niega a creer que quería hablarme (de nuevo), pero la otra se ilusiona pensando que hay una pequeña posibilidad de que así sea.

Respiro hondo, tratando de calmar a mi pobre corazón que late de prisa. No entiendo como el solo tenerlo cerca hace que mi corazón se acelere, qué tiene él que hace que mi cuerpo reaccione así.

—Aquí tienes querida —la mujer del mostrador me saca de mis pensamientos y me trae de vuelta a la realidad, una donde él no sabe que existo.

—Muchas gracias —su hermosa voz resuena en mis oídos cuando habla.

Ya no me mira, ahora sus ojos están puestos en Beverly, que le regresa la mirada con una gran sonrisa. Él le pasa un brazo por la cintura y la atrae hacia si mismo, luego besa su cabeza con delicadeza, ella cierra los ojos

cuando lo hace y yo solo atino a apartar la vista.

Trago saliva. ¿Por qué me duele tanto?

— ¿Qué vas a llevar? —pregunta amablemente la mujer al otro lado del mostrador. Su dulce voz y el sonido de la campana me hacen reaccionar.

Mi cabeza se gira en dirección a la puerta, los veo salir tomados de la mano y no veo más porque no quiero hacerlo, ni si quiera sé en qué momento se movieron, estaba tan perdida en mis pensamientos que no preste atención a lo que pasaba a mi alrededor. Vuelvo a mi posición anterior de frente a la mujer y la miro forzando una pequeña sonrisa, pongo lo que pienso comprar en el mostrador, ella lo toma para ponerlo en una bolsa como la que le dio a Paris, me la da y después de pagarle me despido tratando de que mi sonrisa no se vea tan forzada pero me es casi imposible, y ella parece notarlo porque frunce el ceño mientras me mira a los ojos, no tengo idea de qué es lo que ve en ellos, pero una casi imperceptible y triste sonrisa de lado se hace presente en su rostro. Mira algo por sobre mi hombro y de nuevo me mira a mi.

—Eres una buena persona y de buen corazón, no mereces sufrir por alguien que no lo nota —su comentario me desconcierta, no sé de qué habla pero igual escucho lo que me tiene que decir —. Si están destinados a estar juntos, entonces lo estarán —mi cerebro reacciona con rapidez y sé que se refiere a mi y al chico lindo, quiero negarlo pero ella vuelve a hablar —. Y por la forma en que él te miraba no dudo que eso será pronto —ante mi mirada atónita, guiña un ojo en mi dirección y me despide.

Quiero preguntarle por qué dice eso, pero estoy tan sorprendida como confundida que no me da tiempo a decir nada, pues de alguna forma ya estoy caminando hacia la salida. La campana vuelve a sonar cuando salgo, miro a los lados sin saber qué hacer, las palabras de esa señora me han dejado muy desconcertada. No entiendo que quiso decir con eso, acaso no vio que él ya está con alguien y que no va a dejarla solo para estar con alguien que ni siquiera conoce. Un poco más consciente comienzo a caminar a casa, decidida a olvidar las palabras de la mujer de la tienda, porque para lo único que serviría recordarlas sería para ilusionarme, y no quiero eso.

Eres una buena persona y de buen corazón, no mereces sufrir por alguien que no lo nota.

Me dedico a observar a mi alrededor mientras cruzo Amla con tranquilidad, mis ojos se topan con una escena parecida a la de hace un rato, solo que esta vez Beverly no está siendo acorralada y tampoco se besan apasionadamente.

Se abrazan.

Solo se abrazan. No le veo el rostro a Beverly pero si veo el del chico lindo. Tiene los ojos cerrados disfrutando del abrazo, y puedo adivinar que Beverly hace lo mismo. En mi cabeza se forma una imagen igual a la que estoy presenciando, con una única diferencia: en lugar de ser Beverly a quien él abraza, estoy yo. Sonrío y niego con la cabeza sacando esas ridículas ideas. Aparto la mirada de ellos y sigo mi camino.

De pronto vuelvo a sentirme observada, me detengo y mis ojos van directo hacia el chico lindo, sé que es él quien me mira, y estando a una distancia un tanto alejada me siento con la seguridad suficiente como para devolverle la mirada. Frunzo el entrecejo, sus ojos me observan a lo lejos, me ve tan intensamente y no entiendo el por qué. Estoy segura que de estar frente a frente me perdería en ellos, y no podría apartar la mirada aunque quisiera. No obstante no estamos frente a frente y no hay forma de que sus ojos me atrapen tan fácilmente. Aparto la vista pero la regreso casi al instante, me sigue mirando y no parece que vaya a dejar de hacerlo. Tomo una bocanada de aire, parpadeo repetidas veces y me dispongo a seguir caminando pero, como si él fuese un imán y yo un pedazo de metal mis ojos vuelven a los suyos, su boca está oculta en el hombro de Beverly pero algo me dice que está sonriendo.

Si están destinados a estar juntos, entonces lo estarán.

Saliendo de mi pequeño trance, vuelvo a parpadear y obligo a mis piernas a caminar a paso rápido en dirección a la casa Belch. Solo quiero llegar a casa y encerrarme en mi habitación a terminar mis deberes para mantener mi mente ocupada, olvidarme de las miradas que intercambiamos hoy el chico lindo y yo, y olvidarme de las palabras de la mujer del local. No quiero pensar en eso, no quiero ilusionarme. Pero recordar todo lo sucedido en la pequeña tienda y en la plaza de Amla no me es de mucha ayuda. Para cuando me encuentro a unos metros de casa lo único que ocupa mi mente es la manera tan intensa en que me miró cuando mientras abrazaba a Beverly, su novia. Y eso me hace sentir tan confundida, no sé qué pensar.

Y por la forma en que él te miraba no dudo que eso será pronto.

Sacudo la cabeza, abro la puerta y entro a casa.

Capítulo 6

Adiós invisibilidad

El lunes llegó con rapidez, demasiada para mi gusto. El poco tiempo que llevaba de saber que el chico lindo existía en el mismo universo que yo había sido algo muy agradable. Me encantó observarlo sin miedo a ser descubierta por su falta de atención a mi persona, de alguna forma me sentía feliz y tranquila con mi invisibilidad, pues era libre de mirarlo, aún si estaba a menos de un metro de mi, consciente de que él no se daría cuenta. Sin embargo, hoy las cosas han cambiado.

Salí de casa, un poco apurada pues se me había hecho tarde, todo gracias a mi desvelada de anoche por culpa de los deberes que demoré más de la cuenta en terminar ya que de mi cabeza no salían las palabras de la mujer y las miradas que me dedicó el chico lindo el día anterior, por lo tanto no podía concentrarme del todo en mi tarea. El sábado la había empezado y la dejé a medias pensando que podría acabarla al día siguiente y que también tendría más tiempo, claro está que no fue así. Batallé mucho y para cuando por fin acabé el reloj en mi buro ya marcaba una hora más allá de las dos de la mañana. Pocas veces me he dormido tan tarde, no estoy acostumbrada a dormir menos de ocho horas.

Cuando crucé las puertas con tanta tranquilidad, como cualquier otro día, no estaba muy consciente de lo que pasaba a mi alrededor, lo que de verdad me interesaba en esos momentos era llegar al baño para poder mojarme la cara con agua helada y poder estar un poco más despierta. Seguramente parecía un zombi que acababa de salir de la tierra, mis ojeras eran notorias y ni el maquillaje habría ayudado a ocultarlas. Solo me limité a echarme agua en el rostro, tres veces, y luego me recogí el cabello castaño en una coleta. Al mirarme al espejo me sentí un poco mejor, me veía más decente que antes, eso era suficiente para mi. Antes de salir, y dirigirme a mi primera clase, alguien más entró.

Era Beverly, parecía estar enviando un mensaje, estaba sonriendo muy concentrada a su teléfono, pero no quise ser imprudente y salí antes de que pudiera percatarse siquiera de que había alguien más. Ver a la novia del chico lindo me hizo recordar lo que había pasado; las miradas que crucé con él cuando ella estaba eligiendo un accesorio, las palabras de la mujer y la forma en que el chico lindo me miró mientras se abrazaban.

Un escalofrío me recorrió la espalda de solo recordarlo. Suspiré e hice una mueca, ahora que había visto a su novia, mi tarea de olvidarme del fin de semana que tuve iba a ser más difícil. Después de caminar unos cuantos pasos y doblar en un pasillo me quedé quieta. Ahí estaba él, tan lindo y tan perfecto como siempre que lo veía. Lo que no me esperaba era que me cachará observándolo como una estúpida, y lo que más me sorprendió

no fue la sonrisa ladina que me regaló sino el guiño que hizo en mi dirección.

Y aquí me encuentro ahora, paralizada en medio del pasillo sin poder disimular mi sorpresa ante tal acto. Él me sigue mirando y hace que mi corazón se acelere y que las manos comiencen a sudarme a causa del nerviosismo, en estos momentos me maldigo a mi misma por haberme recogido el pelo, no hay forma de que me esconda entre mis cabellos. Debo verme patética porque su ceño se frunce mientras me sigue mirando, no puedo reaccionar, ni siquiera sé a qué se debió ese guiño o si era para mi, pero sus ojos están puestos en los míos y eso me hace pensar que en realidad yo era su objetivo.

Él no deja de mirarme, el estómago me da un vuelco, intento sonreírle de vuelta pero estoy en un trance que me impide mover los músculos de mi boca para formar al menos una media sonrisa. Da un paso en mi dirección y en medio de mi asombro solo atino a dar media vuelta y caminar lo más rápido que mis piernas me lo permiten, en la dirección contraria a donde él se encuentra.

Mientras camino a mi salón muchas preguntas invaden mi cabeza. ¿Él sabe que era yo la chica de la tienda? ¿Me habrá reconocido? Y ¿por qué me guiño un ojo si tiene novia?

Sacudo la cabeza, esas y muchas otras preguntas sin respuesta rondan por mi mente. Al parecer mi estrategia de usar mi cabello para ocultarme no sirvió de mucho.

Llego a mi aula casi hiperventilando, aún sin poder creer lo que pasó en el pasillo. El profesor de historia no tarda en llegar y yo se lo agradezco porque las clases mantendrán a mi mente ocupada en otras cosas, que no tengan que ver con ese guiño y las palabras de la mujer que me han perseguido desde el sábado. La clase da inicio y pongo toda mi atención en las palabras del maestro, hago apuntes de vez en cuando, cada vez que menciona un dato importante.

Matemáticas y literatura son las dos siguientes clases, en ambas soy buena, mis notas siempre son arriba de ocho, pocas veces suelo tener esos decepcionantes sietes en mi boleta de calificaciones. No soy una "cerebrito", pero me defiendo.

El descanso llega con rapidez. Salgo del salón en busca de Arlette, mis ojos no dejan de mirar a los lados con precaución, lo de esta mañana me ha puesto un poco paranoica. Me da pavor toparme con el chico lindo en estos momentos, y no exagero.

¡Me guiño un ojo!

No sé la razón por la que lo hizo y no quiero saberla. Lo único que quiero es no ver su cara por el resto del día. Mis propios pensamientos me sorprenden, las cosas han dado un gran giro, unos días antes ansiaba la llegada del lunes solo para poder verlo. Ahora eso es lo que menos quiero, su presencia me pone nerviosa, más que antes.

Mi suerte se ha ido de vacaciones y no me ha avisado, pero me doy cuenta de ello cuando al entrar a la cafetería lo primero con lo que mis ojos se topan son los suyos. Aparto la mirada lo más rápido posible y camino con pasos acelerados, y torpes, hacia el otro lado, evitándolo. Busco una mesa para poder sentarme y no tardo en encontrarla. Miro por sobre mi hombro, sus ojos siguen puestos en mi, hasta que Beverly se posa a su lado y acapara toda su atención. De alguna forma y por primera vez, desde que los vi juntos, me alegra y le agradezco a Beverly su aparición, de lo contrario ahora mismo me encontraría al borde de un colapso, porque eso es lo que él me provoca, hace estragos en mi interior con solo mirarme y eso me asusta porque nunca había sentido algo más allá de un simple "solo me llama la atención".

Puedo sentir sus ojos clavados en mi espalda mientras espero alguna señal de vida por parte de Arlette, que no se ha dignado a aparecer. No quiero voltear pero la tentación es más fuerte y termino haciéndolo. Beverly está junto a él hablando de no sé qué cosa, pero a él no parece importarle, su mirada vuelve a estar posada en mi. Una sonrisa cerrada es lo que recibo, me giro con rapidez volviendo a mi posición inicial, sacudiendo la cabeza y mis ojos muy abiertos en una expresión de asombro. Él de verdad me ha sonreído a mi

No puedo seguir negándomelo, por más que quiera hacerlo. Él puede verme ahora. No soy más alguien invisible a sus ojos. Las cosas sí que han cambiado.

Creo que tengo que despedirme de mi invisibilidad, algo que pensé que no haría jamás.

Lo que más extrañaré será espiarlo a escondidas y de reojo cuando se encuentre cerca como hacía antes, ese era uno de los privilegios que tenía ser invisible. Podía mirarlo sin miedo a ser descubierta.

Suspiro.

Siento la mano de alguien en mi hombro y me sobresalto, por alguna razón me tenso en mi lugar, mi cuerpo se relaja cuando Arlette se sienta frente a mi, en el otro extremo de la mesa. Una enorme sonrisa surca sus labios, que hoy están pintados de un color rojo intenso, me observa sin

decir nada, aunque parece ansiosa por hacerlo.

Frunzo el entrecejo cuando la miro bien, para cualquier otra persona Arlette es la misma chica oscura de siempre, pero yo la conozco y sé que no es así. Hay algo diferente, un brillo en sus ojos, solo que no logro identificar que es. Su ropa es la misma ropa oscura de siempre, sus labios también tienen uno de los colores que suele usar y su cabello negro no ha cambiado (más allá de las puntas moradas), entonces qué es eso que veo distinto en ella.

Puedo sentir como mueve las piernas frenéticamente bajo la mesa, eso solo hace que me impaciente. Quiero saber qué le pasa, algo muy bueno debió pasar para que se encuentre tan entusiasmada. Por un momento creo ver a la antigua Arlette y eso me alegra.

Antes de hablar su sonrisa se hace aún más grande, si es que eso es posible, tanto que sus ojos parecen cerrarse y se forman unas pequeñas arruguitas en las esquinas de estos.

—Tengo un admirador secreto —suelta por fin, conteniendo un gritito de emoción.

Mi ceño se frunce más que antes, no comprendo. ¿Un admirador secreto?

De pronto levanta su brazo dejando a la vista su mano hecha puño, está sosteniendo algo, pero no sé qué es, hasta que deja que el objeto caiga y quedé suspendido en el aire, frente a mi, siendo solo sostenido por sus dedos.

Suspira.

— ¿No es hermoso? —dice observando el collar, que cuelga de su mano, con adoración.

El collar es muy lindo, tiene una estrella plateada como único accesorio, lo que lo hace simple pero lindo. No tardo en darme cuenta de porque Arlette está tan emocionada. Es el mismo collar que estaba en el local, el mismo que le gustó pero no pudo comprar, el mismo que mi hermano compró hace dos días. Y ahora lo tiene en sus manos, gracias a un "admirador secreto".

Confundida le pregunto quién se lo dio. Ella solo se encoge de hombros sin quitar sus ojos del objeto que cuelga frente a nosotras.

—Paris me lo dio, dijo que era de parte de un chico, pero que no podía decirme quién era.

Paris.

Niego con la cabeza, mi amiga está tan ocupada mirando su regalo como para prestarme atención.

—Con que, un admirador secreto ¿eh? —Digo, mientras uno los cables en mi cabeza — ¿Paris te dijo eso?

Arlette asiente varias veces y yo suelto un suspiro. Ya sé porque mi hermano estaba en esa tienda el sábado, comprando un accesorio para chica.

Él es el "admirador secreto".

A París le gusta Arlette.

Sonrió para mis adentros. Esta tarde tendré una conversación con mi querido hermano mayor.

Capítulo 7

Preguntas sin respuesta

—Bien hecho, señorita Belch —exclama el profesor de física, cuando termino de resolver el problema de la pizarra.

Regreso a mi lugar con una sonrisa en los labios. Es la última clase del día y necesito estar lo suficientemente concentrada en algo que no sea Arlette y su collar, mi hermano babeando por ella o en el chico lindo y su extraño comportamiento hacia mi.

Resolver ejercicios, participar en clase y estar atenta a esta, son distracción suficiente para que a mi cabeza no vengan todas esas cosas que últimamente alteran mis nervios, mi mente es invadida por las responsabilidades de la escuela y me olvido de lo demás con tal de estar concentrada. La clase sigue con el profesor obligando a la mayoría de mis compañeros a participar, de vez en cuando yo también lo hago, junto a otros dos alumnos.

Anoto en mi libreta los ejercicios que tenemos que resolver y cuando acabo me dirijo hacia el escritorio del profesor para que me revise. Dos de los diez ejercicios están mal, así que los corrijo como me lo indica el maestro y luego de una segunda revisión puedo guardar mis cosas y retirarme del aula, pues esta ha sido mi última clase.

Caminando a la salida paso junto al salón de Arlette, me fijo discretamente, para no llamar tanto la atención, y la busco con la mirada. La encuentro en uno de los asientos de en medio, está mirando al frente, prestando atención a la clase. O al menos eso es lo que aparenta porque sus ojos están fijos en la pizarra pero su mente parece estar en otro lado. Adivino que está divagando cuando noto en sus manos, escondidas bajo el escritorio del pupitre, el collar que le regaló su "admirador secreto". O sea Paris. Eso me hace recordar que llegando a casa tengo que hacerle un par de preguntas a mi hermano, o más bien una.

Una pequeña sonrisa se hace presente en mis labios a la vez que niego con la cabeza. Ella no está disimulando muy bien su falta de atención, pues todos escriben en sus libretas y mi amiga solo mira al frente con una sonrisa de tonta enamorada. En estos momentos es la Arlette que conocía, esa chica que se enternecía ante cualquier gesto de amabilidad por parte de la gente. Tampoco puedo decir lo contrario de mi hermano, si quería mantener en secreto su atracción por mi amiga debió ser más cuidadoso al momento de entrar a esa tienda y fijarse que no hubiera nadie que lo conociera. Pero iba tan ensimismado en sus pensamientos

sobre Arlette y el collar que no reparo en mi presencia.

Suspirando, sigo mi camino por el pasillo en dirección a la salida. Me detengo en mi casillero, que me queda de paso, para dejar los libros que no necesito llevarme hoy.

El pasillo esta silencioso, pues la mayoría de los alumnos salen tarde el día de hoy, es por eso que odian tanto los lunes. A mi grupo y otros pocos nos toca salir una hora antes, por eso no hay tanto problema, pero igual siguen teniendo un conflicto irrefutable contra el segundo día de la semana. Por mi parte siempre me ha dado igual si es lunes o viernes. Hasta que mis ojos apreciaron el bello rostro del chico lindo por primera vez, claro.

Cierro la puerta de mi casillero, una vez termino de guardar mis cosas, y me acomodo la mochila en un intento de que sea más cómodo llevarla en el camino. Mientras forcejeo un poco con la cremallera que se ha enredado en mi cabello, el cual he vuelto a dejar suelto a lo largo del día, escucho pasos. No quiero que nadie me vea en una situación tan ridícula así que opto por esconderme lo más rápido que puedo, girando en el pasillo que se encuentra al terminar la hilera de casilleros. Mis manos se mueven con ímpetu forzando a mi cabello para liberarlo de la cremallera de una vez por todas, pero se me dificulta demasiado. La voz de Beverly se hace presente, se escucha potente y hace eco a lo largo del pasillo gracias a la soledad de este y el silencio que trae consigo. No quiero ser metiche, pero no puedo evitarlo y agudizo el oído, intentando absorber toda la información posible. Quien sabe, tal vez por fin descubra el nombre del chico lindo. Esa duda me ha estado rondando por la cabeza y deseo sacármela de encima.

—Sí, ya te lo dije —dice en un intento de voz baja, pero se hace imposible debido al notorio silencio —. Te lo confirme ayer, lo hice hoy en la mañana y lo vuelvo a hacer. Tranquilo él no va a enterarse, te lo aseguro.

Detengo mis forcejeos por unos segundos y frunzo el ceño ante eso último.

¿Él? ¿Quién es "Él"?

—Sí, ahí estaré, no te preocupes —vuelve a hablar, asomo un poco la cabeza, se ha detenido en medio del pasillo, esta de lado y solo puedo ver parte de su cara, pues la cabellera negra impide que algo más en su rostro me sea visible—. Hasta pronto, te veo el miércoles saliendo de clases. También te quiero —dice con una sonrisa cruzándole el rostro, vuelvo a mi escondite, aun con el pelo enredado en la cremallera.

Suspiro, una mueca aparece en mi rostro. No es necesario que me ponga

a darle vueltas al asunto, cuando es obvio que hablaba con el chico lindo.

Cuando llego a casa al instante busco a Paris, lo llamo pero no aparece por ningún lado. Supongo entonces que ha salido, decido esperarlo y hacer mi tarea mientras llega. Dos resúmenes de historia y quince planas de verbos en ingles después, se escucha la puerta de la entrada abrirse. En cuanto la voz de Paris, quejándose de no sé qué cosa, se filtra en mis oídos salgo disparada hacia la sala. No puedo esperar más necesito respuestas, ya.

Llegando a mi destino la escena que encuentro es la de mi hermano, ayudando a mi madre con sus cosas de trabajo, metiéndolas en la pequeña oficina que usa para trabajar. No tardo en darme cuenta del porqué de su ausencia cuando llegué.

—Ah, hola cariño, ¿cómo te fue en la escuela? —pregunta mamá con una sonrisa, saliendo de la oficina, cuando me ve.

Le devuelvo el gesto.

—Bien, igual que siempre —respondo encogiéndome de hombros, mis ojos van a Paris que camina en dirección a la cocina, en busca de galletas seguramente — ¡Paris!

Él se sobresalta ante mi llamado y voltea en mi dirección, poniendo la mitad de su atención en mi (la otra mitad debe estar concentrado en su desesperado encuentro con las galletas), me observa confundido y su expresión se acentúa cuando hablo.

—Necesito hablar contigo de algo importante —digo intentando sonar casual, mamá nos observa desde su oficina, puedo ver parte de su cabello asomando del otro lado de la puerta, pero decido ignorarla —. ¿Podrías venir a mi cuarto dentro de unos minutos, por favor? —Sus ojos se entrecierran, suspicaces, mirándome con recelo —Te he comprado galletas con chispas de chocolates, tus favoritas —agrego en un último intento de convencerlo y sé que funciona cuando sonríe.

—Está bien, galletita, voy en un momento.

Mi hermano es tan creativo, que me apodo como lo que más le gusta: las galletas.

Dejo escapar un suspiro, bien disimulado. Sonrío a mamá por última vez y subo las escaleras para regresar a mi habitación.

No tengo que esperar mucho, unos minutos después Paris entra por la puerta y se queda parado en medio de la habitación, sin saber qué hacer. Lo miro y le tiendo el paquete de galletas prometido, él las toma y

después de indicarle que se siente junto a mi, en la orilla de la cama, lo hace.

Pase a una tienda antes de llegar a casa a comprar las galletas pues sabía que funcionaría, nunca lo había hecho pero tenía que intentarlo y al parecer funciona de maravilla.

Nos miramos a los ojos, los suyos cafés y los míos color miel, sin decir absolutamente nada. Él espera que yo empiece a hablar y es lógico. Con un poco de dudas inicio.

—Necesito preguntarte algo, y necesito que me digas la verdad —digo sin apartar la mirada, él asiente unos segundos después de procesar mis palabras —. Tengo otro paquete de esas mismas galletas y te las daré si me prometes que me responderás con la verdad.

—Está bien, está bien —dice impaciente —. Suéltalo hermana.

Sin poder contenerme más dejo que la pregunta salga de mi boca:
— ¿Te gusta Arlette?

****

Miércoles. Recordar que hoy el chico lindo y Beverly saldrán a algún lado es lo primero que se me viene a la mente en cuanto me despierto. Mi cabeza no puede dejar de pensar en eso y no sé por qué si es algo normal entre las parejas, suelen salir a pasear y se dicen "te quiero" cada vez que pueden.

Sacudo la cabeza intentado olvidar a esa parejita conformada por un chico de hermosa sonrisa y una chica a la cual le encaje mi pie en la cafetería.

Soy tan masoquista.

Deben ser las hormonas, ayer resultó ser uno de los peores días que he tenido. Los cólicos premenstruales no ayudan en nada a una chica que se siente atraída por alguien con pareja, mis pensamientos solo me llevan a torturarme mentalmente con imágenes de ellos juntos hoy, en su cita.

Tomándose de la mano.

Mirándose.

Abrazándose.

Besándose.

Después de mi rutina diaria, mañanera, y de un beso de despedida a mis padres y a Paris, salgo de casa y comienzo mi camino rumbo al instituto. Al entrar me dirijo a mi casillero, en el cual se encuentra mi amiga con su cabello siendo lo primero que atrae mi atención. Aún no me acostumbro a las puntas violetas.

Su rostro se ve distinto, no tardo en encontrar la diferencia. No lleva un color oscuro en los labios, frunzo el entrecejo y abro los ojos con sorpresa. Me abstengo de preguntar, pues algo me dice que su pequeño cambio tiene que ver con el collar de estrella, que ahora adorna su cuello.

— ¿Harás algo esta tarde? —pregunta con una sonrisa cerrada.

Me muerdo el labio, pensando. No tengo nada que hacer hoy, así que niego con la cabeza en respuesta y ella amplía su sonrisa.

Aplaude con algo de emoción y habla:
—Bueno, ahora si tienes algo que hacer. Tú y yo iremos de compras —dice con entusiasmo.

Sonrió ante sus palabras, y la forma tan enérgica en que usa para expresarse, Arlette había dejado este tipo de salidas de lado de un momento a otro porque de pronto odiaba las compras, esto solo me hace pensar que de verdad mi amiga está volviendo en sí.

No soy una compradora compulsiva pero no me desagrada la idea. Ya me estaba cansando un poco eso de tener que mantener mi mente ocupada con la escuela para no pensar en esas cosas.

Quedamos de vernos a la salida en la puerta principal, para irnos de ahí al centro comercial de Ayllicek. El resto del día paso muy normal, o más bien, casi normal. Aún no me acostumbro a las miradas constantes del chico lindo cada vez que paso cerca de él, y tampoco creo hacerlo.

En la salida, después de dejar mis libros en el casillero y sacar otros tantos que usaría para la tarea después, camino por los pasillos en busca de Arlette. Me he puesto los auriculares, al salir del salón, para escuchar música así que mi cabeza se mueve de arriba a abajo de vez en cuando, siguiendo el ritmo de la canción.

Mis pasos son tranquilos, no tengo porque apresurarme, si no encuentro yo a mi amiga, entonces ella me encontrara a mi.

La música retumba en mis oídos mientras camino hacia la entrada del instituto. A lo lejos lo veo caminar en la misma dirección que yo, solo que un poco más adelante, a su lado está ella; Beverly. Van riendo. Sonrío,

me encanta su sonrisa.

Él se inclina hacia adelante y une sus labios con los de ella en un beso, mi sonrisa flaquea y quiero apartar la vista pero no puedo. Mi lado masoquista se queda observando la escena. Trago saliva e intento seguir con normalidad cuando paso por su lado. Siguen besándose, ninguno se percata de mi presencia al pasar y eso no me preocupa tanto, es mejor así. Escucho como se despiden cariñosamente y veo a Beverly pasar junto a mi.

Arlette me hace señas parada a unos cuantos metros de mi, no lo pienso tanto y camino hacia ella.

— ¿Lista para la compras? —dice con una sonrisa de oreja a oreja.

Asiento en respuesta, me es imposible ocultar la felicidad que me invade en cuanto me percato de que ella realmente está volviendo a ser la misma de antes.

Tres horas y media después nos encontramos dando vueltas por *Ayllicenter*, el centro comercial, en busca de alguna banca que se encuentre vacía. Hemos recorrido ya todo el lugar, entrado y salido de cada tienda de ropa que se nos ha cruzado por enfrente, y no voy a mentir, también le hemos echado el ojo a unos cuantos traseros de chicos.

Mi rostro enrojece de solo recordar la forma en que mire varios de ellos.

No soy una persona muy deportiva, lo más que camino son los quince minutos que hago de mi casa al instituto y de vuelta, por lo tanto mis piernas están que ya no pueden seguir.

—De verdad necesito sentarme —ruego, con voz cansada.

Arlette suelta un suspiro, resignada.

—Bien —dice y apunta con su mano una banca cerca de una maceta —. Mira, ahí hay una desocupada.

No lo dudo y camino con rapidez hasta llegar a ella, me dejo caer en la banca y Arlette hace lo mismo, sentándose a mi lado.

—Gracias al cielo, no podía más.

Miro a mi alrededor, una pareja a lo lejos capta mi atención. Es curioso, podría jurar que la chica es Beverly. Van de la mano y parecen tener una conversación muy interesante y divertida porque no prestan atención a lo que hay a su alrededor. Cuando pasan cerca de donde estamos no me

queda duda, es ella. Es Beverly. En un momento logro ver el rostro del chico, es alto y rubio, no es alguien que pueda pasar desapercibido, lo reconozco, es uno de los amigos del chico lindo.

Pero ¿qué hace con la novia de su amigo?

La idea de que ambos estén saliendo a espaldas del chico lindo, de que lo estén engañando, se me pasa por la cabeza pero me deshago de ella casi al instante. Es una idea ridícula, me gusta un chico y ver a su novia caminando de la mano con alguien más es, obviamente, lo que alguien llamaría la perfecta oportunidad para ir a delatarla con él, provocar que terminen y al final aprovechar la soltería del chico para poder lanzarme. Pero no es algo que yo haría, no me sentiría bien si supiera que por mi culpa una relación terminó, y en todo caso no tendría pruebas, me vería muy urgida y solo haría el ridículo frente al chico que me gusta. Y no quiero eso.

Me siento avergonzada por mis pensamientos macabros respecto a la gran oportunidad que tengo y que podría aprovechar con tal de no ver más al chico lindo y Beverly juntos, me asustan mis propios pensamientos de pronto.

No seré la mala de esta historia, debes mantenerte al margen, solo observa y no te metas.

Beverly y el chico rubio se abrazan, por demasiado tiempo. Más de lo normal, eso no parece ser un abrazo de amigos, pero no debo dejarme llevar por mi Calíope interior a la que le gusta el chico lindo, puede que solo este viendo lo que me conviene y eso no es bueno.

— ¿Esa no es la novia de “tu” chico?

Y Arlette lo ha notado. Ruedo los ojos ante ese “tu chico”, no sé por qué se le ha dado por llamarlo mi chico.

—Sí, ¿por qué?

—Porque está caminando de la mano con alguien que no es su novio, tal vez —recrimina.

—Quizás es solo una salida de amigos, cálmate. No debemos sacar conclusiones apresuradas —digo en un intento de hacer que se olvide del asunto, no quiero meterme donde no me llaman.

Pero lo que pasa después no me ayuda mucho.

De pronto sus rostros parecen estar muy (demasiado) cerca, tanto que desde nuestra posición pareciera que se están besando. Frunzo el ceño,

intentando convencerme de que podría tratarse de un malentendido y que solo es un engaño de mi mente, uno muy bueno. Pero la posición en la que están no me ayuda a convencerme de este último pensamiento.

—Pues eso no es algo que yo haría con un amigo, mucho menos si tengo novio —alza una ceja, su expresión es de enojo y no puedo estar más de acuerdo con ella.

N/A

Woooww al parecer Beverly se besó con otra persona que no es su novio...

Y, ¿a Paris le gusta Arlette?

Ya se sabran más cosas, espero que les haya gustado. Gracias por tomarse el tiempo de leer.

Besos.

-A

Capítulo 8

8. Secreto descubierto

Jueves.

No tenía idea de sí lo que habían visto mis ojos, y los de Arlette el día anterior, era real, o sí nos habríamos confundido y la realidad era otra. Tal vez todo era un malentendido, estábamos un poco alejadas de la pareja como para saber que sucedía realmente. El ángulo desde donde los vimos seguramente modifico por completo la escena verdadera, posiblemente solo estaban hablando muy cerca el uno del otro y nosotras lo malinterpretamos.

El resto del día lo pasé confundida, no vi por ningún lado a Beverly. Sin embargo, a su novio sí que me lo topé varias veces, no podía evitar que se me revolviera el estómago cada vez que eso pasaba. Y que él aprovechará, tenerme en su campo de visión, para analizarme no ayudaba mucho a mi ritmo cardíaco, que se aceleraba a más no poder cuando me daba cuenta de sus miradas.

Viernes.

La vi junto a su novio, caminando de la mano. Desde mi posición se notaba el acaramelado comportamiento de la pareja, y la manera tan natural de Beverly al hacerle cariños al chico lindo era tan real que me hacía dudar de mis acusaciones respecto a su supuesto engaño. Supuesto, porque no estaba del todo segura.

Suspiré y seguí mi camino, mochila en mano, evitando mirarlos.

El tiempo pasaba y no había cambios, nada distinto o extraño, más allá de las miradas que me dedicaba él de vez en cuando.

Un mes. Ha pasado un mes, ellos siguen juntos, nunca los vi tener problemas, no los vi pelear. Siempre parecían estar en paz, dentro de una burbuja de amor, inmune a cualquier tipo de aguja que estuviera dispuesta a reventarla y acabar con esa relación. Lo sé porque el chico lindo, como lo dice su apodo, es alguien atractivo a la vista, aparte de ser también una persona muy buena y amigable. Y no soy la única chica que lo ha notado, me he percatado de que tengo dos rivales en esta batalla, sin contar a Beverly que es quien, sin haber siquiera luchado contra nadie más, ha ganado hace tiempo. Aun así después de lo que habíamos visto ese día Arlette y yo, me sentía en la necesidad de prestarle más atención a la actitud de Beverly, la escena de esa vez no se había vuelto a repetir durante los días siguientes a ese, con el pasar del tiempo la dejé en paz

creyendo que tal vez sí estaba equivocada respecto al supuesto engaño.

Sin embargo, mis sospechas volvieron cuando en un desliz por parte del rubio y Beverly los encontré hablando en susurros, demasiado cerca, en el casillero de ella mientras guardaba libros y sacaba otros. Todo entre ellos, lo que hacían y la forma en que lo llevaban a cabo, parecía muy íntimo, hasta que se percataron de que el chico lindo se acercaba por el pasillo, entre los alumnos, y entonces se despidieron rápidamente, el rubio se fue a algún otro lugar y ella se quedó ahí como si nada. Cuando el chico lindo llegó se sonrieron y se saludaron con un beso como saludo, tuve que apartar la vista ante eso.

Desde esa vez solo los vi juntos dos veces, y siempre alejados de la gente que conocieran, incluyendo al chico lindo. Cuando Beverly, el rubio y *linda sonrisa* se encontraban en el mismo círculo social, conversando, evitaban mirarse demasiado y cuando creían que nadie les prestaba atención se sonreían discretamente. Me había fijado en muchas cosas, había muchos detalles que me hacían pensar que mis sospechas sobre un posible engaño eran acertadas.

Definitivamente la imagen que tenía de Beverly había cambiado. Ahora simplemente desconfiaba de ella.

Cuando entendí que no conseguiría nada más con vigilar a la novia de *linda sonrisa*, pues la verdad saldría a relucir tarde o temprano y yo no tenía por qué meterme en los asuntos de ellos, me dediqué a observar al par de agujas que también se sentían atraídas por el chico lindo, quería saber si realmente querían algo con él o solamente les gustaba. Debía entretenerme con algo más si quería mantener mi mente alejada de las palabras, que aún no lograba olvidar, de aquella mujer, las miradas de él y el asunto con su novia. No podía permitirme tener falsas esperanzas.

No me enteré de mucho sobre ellas, pero sí de lo que me realmente me interesaba. Una simplemente lo miraba de lejos, no se atrevía a hablarle y no se acercaba a él porque le tenía miedo a Beverly (o al menos eso la escuché decir). Parecía una buena chica. Me sentí identificada con ella casi al instante, yo tampoco me atrevía a hablarle o a estar cerca de él, me ponía nerviosa con saber que sus ojos estaban puestos en mi, no me imaginaba teniendo una conversación con ese hermoso chico. La diferencia era que yo no le temía a Beverly, aparte de los nervios, solo no quería entrometerme en esa relación.

La otra chica era más del prototipo de mujer seductora, ella sí se había acercado a él unas cuantas veces con sus intenciones más que claras. No obstante, siempre terminaba siendo rechazada por su conquista, y eso no parecía ser algo que cambiaría, pues el chico estaba dispuesto a rechazar cuanta propuesta le hiciera la muchacha. Él le era fiel a su novia y no

caería en el juego del engaño con una amante.

No podía evitar que una sonrisa se hiciera presente en mi rostro cada vez que la chica se alejaba de él con una expresión de enojo, por sus constantes rechazos.

Él es tan lindo.

Las clases habían terminado, y yo después de haber pasado por mi casillero me encontraba caminando en dirección a la parada de autobuses, junto a Arlette. La acompañaría a la parada y luego seguiría mi camino a casa.

Arlette parlotea, mientras caminamos, sobre la carta que recibió esta mañana. Alguien la había dejado en su casillero. Era una carta de amor, y como yo ya sabía, la había escrito Paris.

Por fin había aceptado que le gustaba mi amiga, después de insistirle que confiara en mi y que quizás podría ayudarlo con ella, ya que la conocía mejor. El día que le pregunté se asustó, no se esperaba esa pregunta e intento escapar, pero lo detuve a tiempo. No sirvió de mucho, al final terminó robando el otro paquete de galletas y salió corriendo de mi habitación. Fui a quitárselas en la noche pero me sentí mal por tratar de restringirlo de aquellas delicias y las dejé de nuevo en la alacena. No pasó mucho tiempo cuando mi hermano decidió abrirse conmigo y me confesó que estaba enamorado de Arlette, me prohibió decírselo a ella y no aceptó mi ofrecimiento de ayudarlo. Quería conquistarla él, sin ayuda de nadie, quería demostrar que podía hacerlo solo.

Acepté que lo hiciera él solo, pero igual le dije que tenía todo mi apoyo.

Llegamos a la parada de autobuses, la ruta que debía tomar Arlette no tardó mucho en llegar, nos despedimos y ella subió. Vi el enorme autobús alejarse y seguí mi camino a casa.

Arlette había comenzado a volver a ser ella misma, la chica alegre y sonriente que conocía. Poco a poco mi amiga estaba volviendo ser la de antes, el cambio se iba haciendo notorio con el tiempo. Todo iniciaba con su actitud, ahora era menos fría, su comportamiento volvía a ser aquel alegre y cálido, la manera de hablar con la demás gente era más agradable. No tardaría mucho en llegar con ropa menos oscura.

Suspiro, apunto de ponerme mis audífonos para no tener un trayecto a casa tan silencioso, coloco uno y luego el otro. No tengo prisa.

—Te dije que me dejaras en paz.

Esa voz.

Estoy más que segura que es la de él y no parece muy feliz.

—Por favor, déjame explicarte.

Esa sin duda era Beverly, y sonaba desesperada. Mi ceño se frunce, no debería, parece ser un asunto privado, pero no puedo evitarlo y me acerco al lugar del que provienen las voces.

— ¡Te dije que me dejes en paz! No hay nada que explicar, lo vi todo —puedo ver su rostro desde mi escondite, detrás de un árbol, es la clara imagen de la decepción y yo creo saber lo que pasa.

—No es lo que crees —dice Beverly angustiada.

—Pues lo que creo es que te vi a ti, mi novia, besándote con Zigor, mi mejor amigo —su voz suena indignada y sus ojos están muy abiertos, como si aún no pudiera asimilarlo y tal vez así es—. Mi novia y mi mejor amigo. Juntos.

Niego con la cabeza, yo había tenido razón, mis sospechas eran acertadas y por algún motivo eso me hizo sentir mal. Mal por él, porque no merecía esto, yo lo había visto rechazar a esa chica, cuantas veces se le acerco, lo vi hacerlo con una expresión de orgullo en el rostro, por ser un novio fiel y honesto. Él fue sincero con Beverly, le entregó su corazón y ella solo se aprovechó, tomó eso y lo tiró a la basura.

Lo veo girarse, da unos cuantos pasos y Beverly en un último intento grita su nombre:
— ¡Erix! —lo alcanza y lo toma del brazo, él se detiene pero no la voltea a ver.

Yo solo puedo pensar en que ella ha dicho su nombre, en voz alta. Y en que pude escucharlo. Ahora agradezco haber hecho caso a mi lado metiche, de no haber sido así seguiría siendo una completa ignorante respecto a su nombre.

Erix.

Y ya se supo el nombre del chico lindo, al parecer Beverly si lo engañaba.

¿Cali se quedará observando o les dara privacidad? ¿Qué pasará ahora? ¿Erix perdonara a Beverly?

Espero les haya gustado el capítulo, una vez más agradezco que lean lo que escribo, me hace feliz saber que alguien se toma el tiempo de leerme. Los quiero, besos.

-A

Capítulo 9

9. Abrazo de una desconocida (Erix)

Camino por un pasillo vacío, lo más que hay son cinco personas esparcidas por él, sacando libros y acomodando sus mochilas. Tan ajenos a lo que pasa a su alrededor, todos en sus cosas, ocupados en sus asuntos. Y eso me alivia. En realidad no me importa si alguien me ve en este estado, pero prefiero que nadie me pregunte nada por el momento, no estoy de humor.

Mis pasos son rápidos, no me agrada la idea de estar huyendo, pero no pude soportar ver esa imagen. La escena se reproduce, una y otra vez, en mi cabeza, burlándose de mi. Giro en una esquina, la salida está cerca, solo necesito caminar unos metros más, doblar de nuevo en otra esquina y caminar derecho a las puertas principales.

Este pasillo está vacío, no hay nadie aquí que pueda ser testigo de mi lamentable estado. Sin poder contenerme más golpeo uno de los casilleros grises que se encuentran cerca de mi. El golpe es tan fuerte que provoca un gran estruendo, pero no me importa porque no hay nadie en el corredor. Siento punzadas en los nudillos, no tengo que verlos para saber que están rojos, gracias a la fuerza que he empleado al impactarlos contra el metal de los casilleros. Duele, sin embargo, esas punzadas de dolor físico son poco, comparado con el enorme dolor que siento en el pecho.

Sí, definitivamente el dolor físico es poco en comparación con el dolor de la traición. Me siento engañado... fui engañado. Y me entere de la peor manera.

Escucho pasos apresurados a mis espaladas, no les presto atención, no me interesa. Quien sea, puede irse al carajo.

— ¡Erix!

Es entonces que me percato que los pasos apresurados que escuchaba eran los suyos. Beverly. Acelero mis pasos. Escuchar su voz solo me hace sentir más molesto y de alguna forma también hace que me sienta con unas ganas increíbles de echarme a llorar, no tanto por la tristeza, sino más bien por la frustración. Siento que voy a estallar en cualquier momento, pero no quiero hacerlo frente a ella. No, frente a ella no, no voy a dejarle saber que su engaño me ha dolido más de lo que se imagina.

Una segunda voz se hace escuchar, haciendo eco en el pasillo vacío:

— ¡Hey! ¡Erix, espera! —Zigor, mi "mejor amigo" hace un vano intento por

detenerme, pero escucharlo solo hace que me enfade más.

Lo siento llegar a mi lado, intenta detenerme tomando mi brazo. Mi reacción es inesperada para él pero no me arrepiento, escucho un grito agudo por parte de Beverly que ignoro por completo, puedo notar como el pómulo de quien consideraba mi amigo se pone rojo casi al instante. Me da igual sí algún profesor está lo suficientemente cerca, como para haber contemplado la escena, sin sentir remordimiento alguno sigo mi camino hacia la salida. No pasa desapercibido para mi que Beverly le susurra algo, preocupada, a Zigor y después de hablar me siguen de nuevo.

No sé cómo lo hago pero de un momento a otro me encuentro saliendo del instituto y cruzando la calle a pasos apresurados. Ni siquiera me molesto en mirar atrás, no quiero ver sus rostros. No quiero ver el rostro de esos traidores a quienes consideraba mis amigos, esos a los que consideraba personas de confianza. Me han decepcionado, y duele.

El recuerdo de sus bocas unidas, sus cuerpos pegados, sus manos tocando más allá de lo que la línea de amistad lo permite. Disfrutando. Me recuerdo saliendo de mi salón con una sonrisa en el rostro, una sonrisa provocada por ella, una sonrisa que se formó, inevitablemente, en el momento en que pensé en Beverly, sabiendo que la vería en menos de diez minutos, que vería su lindo rostro y besaría sus labios. Sin embargo, la sonrisa se borró en cuanto mis ojos se toparon con una pareja, en medio de uno de los pocos pasillos vacíos, besándose. Y no me habría importado en lo absoluto, sí se hubiese tratado de cualquier pareja. Pero esa mata de cabello rubio y esa larga melena del color de la noche eran inconfundibles para mí.

¿Cómo no reconocer a mi mejor amigo y a mi novia?

Me sentí patético en ese momento, aun siento esa horrible sensación de haber sido engañado. Las personas a las que les tenía más aprecio me habían traicionado.

¿Cómo no me di cuenta antes? ¿Era tan obvio y estaba tan cegado por Beverly que no lo noté? ¿O ellos lo supieron ocultar muy bien?

Recuerdo sus expresiones de asombro cuando me vieron, y sus ojos llenos de pánico. Simplemente me fui de ahí sin querer mirarlos de nuevo, estoy seguro de que abrieron mucho los ojos y después me siguieron.

Mi enojo no es tanto por el hecho de haberlos descubierto en el acto, o saber que mi novia me engañaba con mi mejor amigo. No, lo que me pone furioso es haberlos descubierto ahí, en el pasillo de la escuela, donde cualquier otro pudo haberlos visto. Les dio completamente igual sí alguien los veía, se sentían tan atraídos que no pudieron pensar en besarse y tocarse todo lo que quisieran en un lugar más privado, en donde

estuvieran seguros de que nadie los vería. Les dio igual que *yo* los viera.

Tengo unas ganas enormes de gritar, de patear algo. El golpe que le propine al casillero y a la mejilla de Zigor no ha sido suficiente.

— ¡Erix, espera! — Beverly sigue atrás de mi, y no ha parado de seguirme aunque le he pedido varias veces que deje de hacerlo. No sé dónde está Zigor, ni en qué momento se fue y tampoco me interesa. Puede hacer lo que le plazca, a mi ya me da igual.

Beverly sigue gritando mi nombre, que haga esto solo logra frustrarme más. Necesito estar solo, necesito pensar. No obstante, ella no está dispuesta a dejarme hasta que la escuche, y eso es lo que menos quiero hacer en estos momentos. Escucharla. Ya he tenido bastante por hoy.

—Te dije que me dejaras en paz — respondo de manera cortante, volteando a verla, luego de otro grito insistente por parte de ella.

—Por favor, déjame explicarte —su expresión es de desesperación, sus ojos están muy abiertos con lo que parece ser pánico. Parece desesperada porque la escuche.

Lástima, porque no estoy dispuesto a hacerlo, no quiero escuchar más mentiras, porque estoy seguro de que ya me ha mentido otras veces, ya no sé qué, de todo lo que me ha dicho, fue verdad y que no. No confío en ella, ni en Zigor. Quien sabe cuánto tiempo llevan así, viéndome la cara de estúpido. Prefiero no saberlo. Me limito mirarla, sin expresión en mi rostro, veo sus intenciones de acercarse más a mi, me adelanto y mi voz la detiene.

— ¡Te dije que me dejes en paz! No hay nada que explicar, lo vi todo —no tengo idea de que será lo que refleja mi rostro, no debe ser nada bueno porque Beverly vuelve a intentar acercarse. Con la mirada le advierto que no lo haga, ella lo entiende y se queda en su lugar.

Mi respiración es agitada, mas hago lo necesario para que no se note y lo disimulo bien.

—No es lo que crees —una sonrisa sarcástica se instala en mi rostro.

¿De verdad va a seguir negando algo que vi con mis propios ojos?

Escucharla decir eso, tratando de hacerme creer que de verdad entre Zigor y ella no pasa nada, hace que se me revuelva el estómago. Sin embargo, la imagen de ellos besándose y a punto de hacer algo más para saciar sus deseos lujuriosos me hace querer vomitar.

—Pues lo que creo es que te vi a ti, mi novia, besándote con Zigor, mi mejor amigo —decir que estoy indignado y dolido es poco, lo que siento es más intenso que eso —Mi novia y mi mejor amigo. Juntos.

De verdad sentía un gran cariño por Beverly, aún lo siento y eso hace que su traición duela más. No la amaba, pero la quería, le tenía aprecio, por desgracia sentir algo así por alguien hace que duela más cuando te apuñalan por la espalda.

Me giro sobre mis talones y comienzo a caminar de nuevo, retomando el camino que seguía antes de que Beverley me alcanzara, no quiero ver su cara.

Pero ella no se cansa, sigue insistiendo.

— ¡Erix! —me sostiene del brazo, hago una mueca, mi primer impulso habría sido desprenderme de su mano de forma brusca pero podría lastimarla y aunque me haya hecho algo tan horrible no quiero herirla físicamente.

—Ya basta, no quiero escucharte —estoy enojado, aunque también me siento decepcionado y tener tantas emociones juntas no hace que me sienta mejor —. Solo aléjate de mi, tanto tú, como Zigor. Se acabó, terminamos. No quiero verlos más, lamentablemente eso no será posible así que solo manténganse alejados. Ignórenme, yo haré lo mismo —tiro de mi brazo desprendiéndome de su mano, no la miro en ningún momento así que no veo su reacción ante mis palabras.

No pasan más de diez segundos cuando escucho sus pasos alejarse, no estoy seguro pero logro escuchar un par de sollozos. Yo no estoy mejor que ella, ha sido muy difícil para mí pronunciar esas palabras. Ha sido duro decir algo que terminaría con nuestra relación. Es doloroso, pero era necesario, no puedo estar con alguien en quien no confío, alguien que causó esa desconfianza por si sola.

Me quedo mirando el suelo, el enojo se esfuma y deja paso a la tristeza. Siento los ojos cristalizados y se que no tardaré en derramar las lágrimas que he estado conteniendo desde que los vi juntos. Respiro hondo, intentando tranquilizarme y aprieto los ojos con fuerza.

En algún momento ella se acercó, no sé cuándo, mis ojos estaban cerrados así que no la vi venir. Solo siento sus brazos rodeándome en un abrazo, uno reconfortante. Con ese simple gesto siento que me da su apoyo, como si supiera como me siento, como si supiera que esto es justo lo que necesito. Me abraza como si estuviera consolándome.

Sé que no es Beverly porque ella es más alta, esta chica es más baja y

más delgada.

—No abras los ojos —su voz es casi un susurro, pero puedo oírla, es suave y tranquila. Se me hace conocida, como si la hubiera escuchado antes, solo que no sé en dónde.

Trato de acatar su orden, pero me es imposible. Entreabro los ojos, quiero saber quién es, tal vez la he visto antes, incluso hablado con ella. Me decepciono cuando solo veo su cabello castaño, tiene el rostro escondido, mirando hacia el suelo, lo que me impide saber su identidad. Desprende un olor a almendras que me agrada. Sin pensarlo, por impulso y solo porque sé que lo necesito, le devuelvo el abrazo y la aprieto contra mi cuerpo.
De verdad necesitaba esto. Una lágrima recorre mi mejilla y no me importa si ella me ve llorar, solo quiero desahogarme.

—No permitas que las personas como ellos te lastimen. No merecen tus lágrimas. Demuéstrales que eres fuerte, porque lo eres —dice sorprendiéndome, parece saber perfectamente lo que me pasa lo que me hace preguntarme que tanto sabe sobre mi, pues por la forma en que me abraza y la manera en que me ha aconsejado ella ya me conoce.

Siento como, mientras pronuncia esas palabras su mano mete algo en el bolsillo de mi chaqueta, no sé qué es pero ya lo averiguaré.

En cuanto termina de hablar, me suelta y, sin mirarme, se va caminando apresuradamente. No puedo ver su rostro aunque lo intento, me quedo ahí parado, viéndola marcharse. Solo veo su cabello castaño, sé que hace lo necesario para evitar que le vea la cara.

Reacciono un poco tarde, cuando ya está muy lejos como para alcanzarla. Algo me dice que aunque lo intente no lograré descubrir quién es, al menos no hoy.

Meto una mano en mi bolsillo recordando que ella ha puesto algo ahí. Siento un objeto pequeño, frunzo el ceño y lo tomo. Miro fijamente la palma de mi mano abierta, confundido.

Es una pulsera.

Un capítulo narrado por Erix, espero de corazón que les haya gustado. El chico lindo está descepcionado y triste en esta ocasión pero ya lo veremos más alegre y distraído con la ayuda de

una personita.

Yo me despido, hasta luego.

Besos.

-A

Capítulo 10

Toalla Sanitaria

No puedo dejar de pensar en que ahora sé su nombre.

Erix.

Nunca se me hubiera ocurrido, no es un nombre muy común.

Erix.

Es único, como él.

Suspiro, como tonta. Se me está haciendo costumbre soltar ese tipo de suspiros mientras sonrío de esa manera. Sacudo la cabeza, pensando. Sí su nombre es Erix entonces por qué Beverly lo había llamado *Zer* aquella vez. Eso es algo que tendré que averiguar, pero por el momento solo me limitare a pensar en él hasta cansarme.

Aun no puedo creer que lo toqué. No sé de dónde salió esa valentía, ese atrevimiento de acercarme y no a hablarle o mirarlo, sino abrazarlo. Cierro los ojos recordando ese momento. Creí que se separaría de mi en cuanto lo tocara pero en lugar de eso me devolvió el abrazo y no pude sentirme más feliz.

¡Abracé al chico que me gusta!

Fue un simple impulso, uno que habría traído consecuencias no tan agradables para mi y mi delicado corazón si algo salía mal. Ni siquiera sé en qué momento se me pasó por la cabeza hacer algo así, mi cuerpo no dejó que mi cerebro procesara del todo lo que iba a hacer, de un momento a otro ya me encontraba caminando en su dirección. Tuve un momento de lucidez, en el que pensé en volver a mi escondite y no acercarme, antes de hacer algo imprudente, pero la idea de retractarme se fue tan rápido como llegó. Cuando llegué frente a él me di cuenta que tenía los ojos cerrados, eso fue un golpe de suerte, me aterraba la idea de que viera mi rostro. ¿Y si ya me había visto antes? ¿Y si sabía que me gustaba? ¿Y si me reconocía y no por algo bueno?

Me recuerdo conteniendo el suspiro de alivio al saber que no me veía, gracias a que mantenía los ojos apretados. Supe al instante que trataba de contener las lágrimas, me imaginaba lo mucho que le dolía haber descubierto a su novia a punto de hacer quién sabe qué con su mejor amigo. Que ahora, según había escuchado, sé que lleva por nombre Zigor. Es inevitable para mi sentir cierto odio hacia ellos, Erix no se merecía que le hicieran esto. En esos momentos, cuando lo vi así, tan lastimado, sentí

un enojo tan grande que casi hizo que saliera esa parte violenta que llevo dentro, esa que nunca he dejado salir porque considero que es malo y que no va conmigo, que es mejor resolver las cosas con palabras y sin llegar a los golpes. Sin embargo, el hecho de ver a alguien que puede regalarte una sonrisa con tanta facilidad y deslumbrarte con ella, de esa forma, en ese estado me hizo enfadar. Quería verlo sonreír de nuevo, sé que no todo en la vida es felicidad, pero hay cosas que simplemente no valen tanto la pena como para dejar que nos destruyan.

Casi no lo conozco, solo lo poco que vi cuando me dedicaba a espiarlo cada vez que se encontraba cerca. Pero eso fue suficiente para darme cuenta de que es una buena persona.

Sin pensarlo demasiado lo abracé. Y se sintió tan bien, sobre todo cuando me estrecho entre sus brazos con fuerza, como si de verdad lo necesitara, y así era. Las palabras que le dije salieron de imprevisto, no lo pensé (como la mayoría de las cosas que hice ese día), la impulsividad tomo el control sobre mi cuerpo y ocasiono que la mayor parte de mis actos fueran espontáneos, demasiado espontáneos. Ni siquiera recuerdo qué fue lo que le dije, sé que le pedí que no abriera los ojos, y también estoy consciente de que le dije algo más, el problema es que no sé cuáles fueron las palabras que pronuncie después de pedirle ese favor. Solo espero no haber dicho algo que me ponga en ridículo o que haga que mis esfuerzos para no ser reconocida se vayan al caño. En ese caso tendré que ocultarme mejor de lo que llevo haciéndolo estos dos días.

Le di una de mis pulseras, de hecho, la más parecida a la que pareció gustarle la primera (y única) vez que hablamos. Tampoco sé porque lo hice, quizá en el fondo si quiero que sepa quién soy, que me mire y me sonría como hizo la primera vez. Definitivamente me encantaría recibir una de esas bellas y deslumbrantes sonrisas. Pero el miedo al rechazo es más fuerte que ese deseo de ser vista.

Un toquecito en el hombro me saca de mis pensamientos y me hace reaccionar. Giro la cabeza mirando hacia atrás, a mi compañera. La observo confundida, ella solo me hace una seña con los ojos de que voltee al frente, hago lo que me pide y encuentro a la profesora mirándome fijamente. Tardo en darme cuenta que no es la única, toda la clase me mira, unos burlones y otros disimulando mejor las risas. Siento la sangre subirme a la cabeza y extenderse por todo mi rostro.

—Señorita Belch, la noto un poco distraída. ¿Hay algo más importante en lo que tenga que pensar aparte de la forma en que se resuelve este ejercicio? —su brazo apunta la pizarra y los números en ella.

Niego con la cabeza y las mejillas sonrojadas, no me agrada que toda la atención esté centrada en mi, al menos no cuando se trata de una llamada de atención. Me siento humillada, jamás me habían llamado la atención en

clase por no estar atenta, solo dos veces y fue cuando estaba en la primaria, en ese entonces era muy inquieta y prestar atención a las clases no era precisamente algo que me interesara más que mirar por la ventana o hacer garabatos en la parte de atrás de los cuadernos.

—Bien, entonces no le importara resolverlo, ya que ha estado atenta a la clase debe saber cómo se hace —el sarcasmo en su voz es evidente.

Tomo el plumón que me tiende, me pongo de pie y camino hasta quedar frente a la pizarra. Por suerte para mi el tema que estamos viendo no es tan difícil, el ejercicio tampoco lo es, sin mucho esfuerzo lo resuelvo y regreso a mi lugar. Dirijo la vista a la profesora que me observa sin mucho aprecio, hace una mueca después de checar el problema que acabo de resolver y asiente con la cabeza en mi dirección.

—Bien hecho —se sienta frete al escritorio y vuelve a posar sus pequeños ojos en mi —. Me sorprende de usted, no es una mala alumna pero no puedo permitirme tener privilegios. La próxima vez que la descubra sin prestar atención le bajare puntos. ¿Entendido? —advierte alzando las cejas.

Trago saliva, nunca había pasado por esto, solo había recibido un par de llamadas de atención, después de ver al chico lindo y estar tan distraída por pensar en ello, pero fue algo leve, no me habían amenazado con bajar mi calificación. Asiento con la cabeza en señal de entendimiento e intento sonreírle de manera afable, pero me encuentro tan nerviosa por las miradas sobre mi que solo logro darle una media sonrisa algo tensa.

Salgo del salón casi corriendo, una toalla sanitaria está bien escondida en el interior de mi pantalón, entre la cinturilla y mi cadera, la blusa la cubre y evita que sea visible. Necesito llegar al baño cuanto antes. Ayer inicio mi ciclo menstrual, para mi desgracia los primero días recibo unos cólicos de lo más dolorosos. No me fijo si Erix está cerca, lo único en lo que pienso es en que necesito llegar a mi destino cuanto antes. Desde el abrazo que le di hace dos días puse más empeño en escabullirme, no sé si sea posible que me reconozca con solo ver mi rostro, aunque sus ojos no hayan tenido acceso a él ese día. Es increíble como antes de entrar a ese local y cruzar miradas lo único en que pensaba era en venir a la escuela con tal de verlo, se convirtió en mi motivación para asistir al instituto. Mis calificaciones pasaron a un segundo plano, aunque siguen siendo importantes, solo que le presto más atención a él. Ahora lo único que quiero es esconderme, que no me vea, deseo con tantas ansias que me ignore como hizo después de hablarme. Siento que cada vez que me mira haré algo sumamente ridículo y no me hace sentir cómoda.

Voy tan de prisa que no me doy cuenta de que alguien más viene del lado contrario. Mi cuerpo impacta contra el de alguien más, tirándome al suelo y haciendo que mi trasero se golpee contra este. Una mueca se instala en

mi rostro ante el dolor. Intento levantarme pero siento unas punzadas en el lugar del golpe que me obligan a permanecer sentada ahí. Una mano se extiende frente a mi, la persona que me ha tirado me está ofreciendo ayuda y yo se lo agradezco. Tomo su mano, tira de mi brazo hacia arriba y me ayuda a ponerme en pie. Sacudo mis manos en el pantalón de mezclilla y levanto la mirada encontrándome con esos ojos color chocolate que me han mirado varias veces. Sin poder evitarlo mis ojos se abren al máximo y mi boca se entreabre igualmente. Escuche como exclamaba un "lo siento" antes de que yo cayera al piso, pero estaba tan concentrada pensando en lo doloroso que sería el golpe que no le preste mucha atención a su voz.

Erix me observa con preocupación y yo no puedo creer que lo tenga en frente. Tanto esfuerzo que puse en evitarlo para nada.

— ¿Te encuentras bien? —pregunta sin borrar la expresión de su rostro.

Asiento, un poco aturdida tanto por el golpe como por el hecho de tenerlo frente a mi, preocupado por mi bienestar. Espero no estar poniendo una cara de estúpida que me haga quedar en ridículo o juro que me iré lejos y me esconderé dentro de una cueva, donde nadie pueda encontrarme, por el resto de mi vida.

—Ammm... yo... me tengo que ir —intento pasar rápido por su lado, en dirección a los baños que se encuentran cerca, y con la intención de escapar de él. No obstante, solo logro dar un par de pasos cuando su voz me detiene.

—Oye, creo que esto es tuyo —me mira con curiosidad.

Lo observo con el ceño fruncido, no sé a qué se refiere. Entiendo lo que quiere decir cuando mis ojos se posan en su mano, alzada a la altura de su boca y sosteniendo algo. Abro mucho los ojos, siento como me sonrojo con gran intensidad. Muerdo el interior de mi mejilla, tomo rápidamente, y con algo de brusquedad, la toalla sanitaria que sostiene y me voy dando pasos rápidos. Siento su mirada clavada en mi espalda, saber que me está observando hace que se me revuelva el estómago y que mis pasos sean torpes. No sé en qué momento se me cayó, supongo que cuando chocamos el impacto fue tan fuerte que cayó al suelo y no me di cuenta. El caso es que eso fue aún más vergonzoso que cualquier otra cosa que me haya podido pasar en la vida.

Entro al baño de chicas y cierro la puerta con fuerza, me arden las mejillas por la vergüenza. Si quería evitar que me observara cada vez que tuviera la oportunidad o que descubriera que yo soy la chica que le dio el abrazo y la pulsera, he fracasado indudablemente.

Suspiro, con los ojos cerrados. Ahora definitivamente no pasaré desapercibida ante sus ojos.

Capítulo 11

—Por favor Cali, esto es ridículo, reacciona —me pide Arlette, pero no le presto mucha atención —. Acéptalo, no va a funcionar.

Por fin la miro, ella no ve mis ojos gracias a las gafas de sol pero está consciente de que mi vista está fija en ella. Alzo las cejas en su dirección de forma retadora.

—Tú fuiste la de la idea —cuando me mira irritada me doy cuenta de mi ingenuidad —. No era en serio, ¿verdad?

Toma una gran bocanada de aire. Suspira y me observa con los ojos entornados. La veo negar, lentamente, con la cabeza y formular un "no" con los labios, sin emitir sonido alguno.

—Creí que mi sarcasmo había sido más que evidente cuando te "aconsejé" venir con gafas oscuras y una bufanda para cubrirte el rostro de cualquiera que te mirara, no pensé que de verdad lo harías —responde frustrada y me lanza una mirada que de cierta forma me llega a intimidar.

Le doy una pequeña sonrisa sintiéndome cohibida por sus penetrantes ojos aun fijos en mi. Su actitud ha estado cambiando y volviendo a ser la de antes, sin embargo, aún hay rastros de su personalidad de chica dura, por alguna razón suele responder de pronto como lo haría la Arlette rebelde y fría.

—Bueno, ya está hecho, al menos hay que intentarlo —digo, aunque sin mucha convicción, ya no estoy tan segura de que este plan funcione, empezando por el hecho de que Arlette ni siquiera lo había dicho en serio —. Dime, ¿estoy irreconocible? Si me vieras de lejos y no supieras que soy yo ¿me reconocerías? —hago un amago de quitarme las gafas para poder verla bien a los ojos pero no quiero arriesgarme y los dejo en su lugar.

Me lanza una sonrisita que no logro descifrar, frunzo el entrecejo confundida, ¿qué quiere decir esa sonrisa? Ella nota mi confusión y me responde sin borrar la sonrisa.

—Tu ingenuidad te hace ver más tierna de lo que en realidad eres.

Aprieto los labios. No sé cómo responder a eso.

— ¿Gracias? —digo haciendo una mueca con los labios que parece

divertirla.

Niega con la cabeza y esa sonrisilla aun en su rostro. Sacudo la cabeza y parpadeo repetidas veces volviendo a concentrarme en lo importante: lograr pasar desapercibida (al menos ante él).

Suspiro. Asomo la cabeza por las puertas de la entrada, intentando ser discreta para que nadie me vea, aunque los comentarios de Arlette no son de gran ayuda.

—Sigue así Calíope, lo haces perfecto. Nadie será consciente de la cabeza con bufanda y gafas asomada en la entrada. No llamas para nada la atención. Sobre todo con el color de tu bufanda, los tonos neón suelen ser muy discretos, excelente elección —dice con sarcasmo —. ¿Sabes? Los que desean ser invisibles y pasar desapercibidos deberían usar tu técnica.

Y los comentarios no paran, Arlette sigue aun después de la mirada de advertencia que le lanzo. No sé qué es lo que le estoy advirtiendo exactamente porque no soy capaz de dañar a alguien más allá de un pellizco y ella lo sabe. Resoplo algo irritada, aunque me saque de quicio de vez en cuando soy incapaz de cobrármelas de una manera maligna. Mi benevolencia me lo impide, es tanta que cuando le robo una de sus galletas a Paris me siento tan mal que la regreso sin siquiera darle una mordida.

—Lo único que veo en ti que no es mala idea es esa bolsa para las toallas —dice con una mueca y una ceja levantada, ese es el primer comentario que hace y que no me desagrada.

Luego de lo que pasó he decidido que sería buena idea traer conmigo una bolsa para meter mis suministros de toallas sanitarias, así evito pasar por más vergüenzas, como la de ayer.

Después de otro suspiro de mi parte aprieto la pequeña bolsa contra mi cuerpo y cuando me siento segura ambas nos adentramos en el instituto. Camino lo más normal que puedo e intento no mirar a los lados, en busca de Erix. Me limito a fijar los ojos en el suelo para saber dónde piso. Nunca se sabe, podría haber un lápiz que me haga caer y terminar peor de lo que me imagino. Mi intento de estrategia, sobre mirar solo hacia abajo, lo único que logra es que la gente a mi alrededor ponga toda su atención en mi cuando me estampo contra alguien. Una chica un poco más alta que yo y de cabellera negra como la noche, una que conozco muy bien.

Beverly.

Su perfume con olor a vainilla inunda mis fosas nasales. La fragancia habría sido agradable al olfato de no ser por la abundante cantidad que se ha echado encima, que solo provoca que me maree con el olor dulzón que

desprende de su cuerpo.

—Oye fíjate —reclama con disgusto.

Solo soy capaz de musitar un "lo lamento" casi inaudible, a la vez que parpadeo repetidas veces tratando de recomponerme del impacto. Por fin decido mirar, con algo de timidez, a mis lados. La mayoría de la gente en el pasillo nos mira, o me observa a mi ya que Beverly se ha marchado a no sé dónde y me ha dejado aquí con todos los ojos de los presentes puestos en mi. Me siento sonrojar por la atención que recibo e intento apretar el paso mientras escondo aún más mi rostro y aprieto con fuerza la correa de la bolsa con las toallas. Arlette me sigue de cerca y coloca una mano en mi hombro en signo de apoyo, se lo agradezco mentalmente pues tantas miradas me hacen sentir intimidada.

Al llegar a mi casillero casi meto la cabeza adentro con una pizca de esperanza de que tal vez haya algún portal con el poder de transportarme a otro lugar y hacer que desaparezca, al menos por un rato. Desgraciadamente no hay tal portal y tengo que soportar las miradas puestas en mi, y los nervios que eso me provoca. Temo hacer algo ridículo, mi torpeza suele llegar en los peores momentos, sobre todo cuando estoy nerviosa.

Comienzo a sacar los libros que necesitaré en la primera clase y a meterlos en mi mochila. Arlette se despide con un movimiento de mano y se encamina hacia el suyo, no la veré dentro de un rato, eso no me agrada mucho. Al terminar cierro mi casillero, dejando adentro las gafas oscuras y la bufanda verde neón, comprendí cuando me topé con Beverly que así solo atraía más la atención.

Suspiro con los ojos cerrados, pegando mi frente al frío metal de la puertecilla del casillero.

Me giro sobre mi cuerpo, mis ojos se dirigen a un lugar cerca de la entrada. Al instante distingo el cabello rubio de Zigor y para mi sorpresa también a Beverly. Se encuentran demasiado cerca, me hierve la sangre cuando los veo acercarse con la intención de besarse. Son unos cínicos, les da igual que Erix los vea, les da igual haber lastimado a su amigo. Mientras él sufre, ellos disfrutan.

Antes de apartar la vista de la desagradable escena que está por llevarse a cabo ante mis ojos, el chico lindo hace acto de presencia. Y como siempre que él aparece en mi campo de visión me es imposible apartar los ojos de su rostro. Atraviesa la entrada del instituto y pasa junto a la pareja, que al verlo se apartan de un salto el uno del otro, con expresiones de culpa que no sé si sean del todo reales. Me sorprendo al darme cuenta de que Erix ni siquiera los ha mirado de reojo, los ha

ignorado olímpicamente.

Prestándole más atención a su actitud me percato de que parece estar tan absorto en sus pensamientos como para prestarle atención a lo que sucede a su alrededor. Su mirada esta fija en el fondo del pasillo, sin embargo, algo me dice que realmente no es eso lo que observa, es como si físicamente estuviera aquí, caminando entre los estudiantes, pero mentalmente está en otro lugar, perdido en lo que sea que le esté pasando por la cabeza.

Su ceño se frunce, de un momento a otro saca algo del bolsillo de su pantalón, es un objeto pequeño es por eso que no logro identificar lo que es. Una parte de mi, esa que siempre se deja llevar por las esperanzas y se hace ilusiones constantemente, me lleva a pensar que podría ser la pulsera que le di después de tener la osadía de abrazarlo. Pero mi parte racional empuja lejos esas ideas que de pronto me parecen absurdas, haciéndome volver a la realidad. Él ni siquiera debe acordarse de esa pulsera, dudo mucho que aún la tenga.

Sacudo la cabeza, poniendo en orden mis pensamientos.

Su forma de caminar no es rápida, de hecho se toma su tiempo. Aún así para mi es como si lo hiciera con rapidez, cuando acuerdo ya está lo suficientemente cerca como para hacerme sentir un leve cosquilleo en el hueco del estómago, la sensación es agradable y me saca una pequeña sonrisa. Esas son las famosas "mariposas", pocas veces las he sentido y todas han sido por su causa.

Erix aparta los ojos del objeto entre sus largos dedos y estos se topan con los míos, como si hubiera sentido mi mirada. Me abstengo de hacer una mueca de espanto, aún no sé por qué él me pone tan nerviosa, es solo un chico. Un chico que me gusta, pero ya me ha gustado alguien antes y no se sentía igual. Esto es nuevo para mi, de cierta forma.

La loca idea de tomar de vuelta las gafas de sol y la bufanda me pasan por la mente pero la descarto al instante. Está más que claro que he fallado en mi misión.

Ladea la cabeza, con los ojos entrecerrados, un gesto que suele hacer la gente cuando algo le parece conocido. Trago saliva con un poco de dificultad. Le sostengo la mirada lo más que puedo, pero mi fuerza de voluntad no es tanta y termino apartando los ojos, rompiendo el contacto visual. No sé sí me reconoce, dudaría de ello de no ser por el incidente con la toalla sanitaria.

Ya no es la correa de la pequeña bolsa la víctima de mis manos al apretarla con fuerza, el brazalete que compré aquel día en el local es al que dedico toda mi atención, retorciendo con los dedos de la otra mano

uno de los dijes. Ruego internamente que no se acerque o podría desmayarme, no estoy lista para tenerlo tan cerca, tuve suficiente con lo de ayer.

Linda sonrisa pasa de largo, no sin antes dirigirme un último vistazo, no me pasa desapercibida la sonrisa ladina que se forma en sus labios antes de girarse por completo para retomar su camino, volviendo a poner toda su atención en el misterioso objeto. Es entonces cuando puedo respirar mejor, no me he dado cuenta de en qué momento comencé a contener la respiración, que ahora es acelerada. Mi corazón late con tanta fuerza que se me podría salir del pecho, y mis manos tiemblan. Trato de controlar mi pulso y mis nervios, que se han visto en peligro por la intensa mirada de Erix.

Dirijo mis ojos en la misma dirección que sus pies decidieron tomar, solo puedo ver su espalda alejándose por el pasillo. Lo observo sin miedo a que me descubra, sé que no lo hará.

El timbre suena, indicando el inicio de las clases, me preparo para correr a mi salón. No me agrada llegar tarde, mi registro de asistencia está limpio, ni un solo retardo. Y espero seguir así.

Capítulo 12

Como Cenicienta

Miro mi sándwich fijamente, mi estómago ruge exigiendo que lo alimente, pero tendrá que esperar pues Arlette me pidió que no empezara sin ella y me sentiría un poco culpable si lo hago. Dirijo mis ojos hacia la cafetería, que se encuentra apartada del comedor, no la veo por ningún lado así que supongo que estará atascada entre todas las personas que suelen provocar desastres dentro del pequeño lugar. Recuerdo la última vez que fui a comprar algo, por poco y no salgo con vida. Los alumnos se convierten en animales salvajes cuando se trata de llegar a la barra para pedir lo que comerán.

Pobre Arlette.

Pasados unos minutos decido ir a buscarla, no importa si tengo que exponer mi cuerpo a los golpes despiadados de la gente, sí ella está ahí atrapada entre el mar de alumnos entonces iré a ayudarla. Además, si no voy no podré comenzar a comer y tengo un hambre de muerte.

Apunto de ponerme en pie la veo salir con el rostro rojo, por el esfuerzo seguramente, y respirando con dificultad. Puedo jurar que incluso está sudando. Definitivamente entrar y salir de la cafetería es un gran, y casi imposible, desafío. Sobre todo salir. Vuelvo a sentarme en mi lugar cuando la veo acercarse con pasos relajados, sus ojos captan algo en el momento en que pasea la vista por el comedor y su forma de andar se vuelve apresurada. Frunzo el entrecejo ante eso e intento buscar lo que ella vio, no obstante, Arlette llega a dónde estoy antes de que pueda saber lo que sucede y se sienta frente a mi, al otro lado de la mesa, con una bolsa de frituras en las manos.

La observo confusa, ella capta mi desconcierto y se acerca de forma cómplice como si fuera a decirme un secreto muy importante del que nadie tiene que enterarse.

—Erix está en la entrada del comedor, y por lo que me contaste dudo mucho que quiera sentarse junto a sus, ahora, ex amigos —dice con las cejas alzadas y una media sonrisa.

Casi de inmediato giro mi cuerpo en dirección a la entrada, confirmando las palabras de Arlette. Erix está ahí parado, parece indeciso, mira la mesa en la que se encuentran Beverly y Zigor (que aún no lo han visto). Después sus ojos se pasean por el lugar, me supongo que buscando una mesa vacía, pero no hay muchas. El chico lindo comienza a caminar, adentrándose en el comedor. Parece que ya encontró lo que buscaba, sus pasos son seguros y no duda al caminar. Son pocos los pasos que da,

pasa cerca de la pareja, sin embargo, una vez más no les presta atención. Los ignora como si fueran simples desconocidos, ellos lo observan con una pizca de asombro.

Una sonrisa de lado, que me parece repugnante, se instala en los labios de Zigor. Por su parte Beverly solo es capaz de mirar a quién fue su novio con la misma expresión de tristeza y culpabilidad que mostró en la mañana.

Erix llega a su destino, se sienta y posa su mirada en sus manos, en el objeto que hace un rato lo tenía tan absorto. La pregunta de qué es lo que tanto tiene ocupada su mente vuelve a instalarse en mi cabeza, le doy vueltas pero no logro encontrar una respuesta.

—No te pongas paranoica —habla Arlette, su tono de voz es bajo y discreto, eso hace que le preste total atención, por su tono es algo que me concierne —, pero lo escuche preguntarle a una chica sí era suya una pulsera, que por cierto era muy parecida a esa que llevas —dice señalando mi muñeca con los ojos, dirijo mi vista a las pulseras que reposan ahí, entre ellas es visible la doble de la que le di aquel día, solo que los colores son distintos.

Arlette sabe todo lo que pasó, se lo conté al día siguiente, mientras caminábamos a la parada de autobús, donde ella partiría a su casa.

Trago saliva, pensando en las pocas posibilidades que tengo de salir impune de esta nueva situación. Erix me está buscando, y va a encontrarme en algún momento. Lo que mi amiga dice a continuación solo hace esa idea más real de lo que quiero creer que es.

—Él te está buscando —sus palabras están llenas de seguridad, como la mayoría de las cosas que salen de su boca —. ¿Por qué no vas, te pones cerca de él, en un lugar en el que le sea fácil verte y casualmente muestras tus manos para que vea que a quien busca es a ti? —parpadeo repetidas veces y sacudo la cabeza en señal de absoluta negación.

—Estás loca si crees que hare eso, es mucho mejor para mi que él permanezca en la ignorancia —veo a mi amiga negar con la cabeza, pero no le presto mucha atención. Es inevitable, mirarlo ya se ha vuelto costumbre así que no me sorprendo cuando mis ojos de un momento a otro están puestos en el chico lindo.

—Lamento decirte que él va a descubrirte en cualquier momento, no puedes esconderte para siempre —no la miro y no tengo que hacerlo para saber que me observa con desaprobación por mi cobardía.

Observo su rostro con detenimiento, lo demás desaparece y toda mi atención se centra en él. Sus ojos fijos en lo que ahora se es la pulsera

que le di, el entrecejo y los labios fruncidos, intentando averiguar quién es la chica que lo abrazo y le regalo esa pulsera. Sin ser consciente de que la tiene justo a unos metros, observándolo como quién mira lo que más desea.

Una vez más puedo estar segura de que siente mi mirada pues alza la vista en mi dirección, topándose con mis ojos mieles clavados en él. Siento como mis mejillas se tornan de un rojo intenso al saberme descubierta. Aparto la vista rápidamente, giro mi cuerpo a su posición normal y cubro mi rostro con mis manos, intentando ocultar mi vergüenza.

—Te está mirando —escucho que dice mi amiga —. Te está mirando muy fijamente —vuelve a decir, eso solo logra que me ponga más inquieta —. Te sigue mirando.

No es necesario que Arlette me diga eso, puedo sentir su mirada clavada en mi espalda. Siento ese cosquilleo tan conocido en la boca del estómago. Saber que me está observando hace que me ponga nerviosa, sin embargo, su vista fija en mi también es la razón por la cual una pequeña sonrisa se forma en mis labios.

¿A quién no le agrada saber que la persona que te gusta tiene su atención puesta en ti?

—Aun te mira —observo a Arlette con el ceño fruncido.

Ella come sus frituras, seguramente bañadas en salsa, y se nota que lo disfruta. Traga con dificultad la masa de frituras y luego vuelve a meter en su boca otra porción de papas, mastica con la boca abierta, mostrándome la comida chatarra siendo triturada entre sus dientes, sin importarle un poco verse como todo lo contrario a una señorita.

—Esto está delicioso —dice con la boca llena, saboreando lo que hay en ella — ¿Quieres? —alza las cejas en mi dirección.

Niego con la cabeza y una pequeña mueca de asco, no tanto por su falta de modales al comer sino porque odio la salsa. No la soporto, hasta la menos picante termina siendo un infierno para mi pobre lengua.

Ella se encoge de hombros ante mi rechazo y murmura un "como quieras" mientras vuelve a devorar la bolsa con papas. Por mi parte me dedico a comer, por fin, mi sándwich, que me ha tentado tanto. Por un momento me olvidé de él, con todo el asunto del chico lindo, el hambre se fue por unos segundos pero al volver a poner mi atención en mi almuerzo mis tripas rugen con fuerza dando a entender que quieren comer, no las hago esperar mucho y le doy una mordida a mi sándwich, siempre tratando de

ocultar lo mejor que puedo mis pulseras, una de ellas en especial.

****

Salgo del baño, luego de usar la tercera toalla en el día. Arlette se fue hace unos minutos alegando que necesitaba pensar en el chico que vio en el colectivo ayer y quizás verlo hoy de nuevo. Casi tropieza al correr hacia la salida. Mis pensamientos se dirigen a Paris, él está enamorado de ella y mi amiga debe estar justo ahora sentada en el autobús mientras babea por ese desconocido.

Suspiro.

No debo meterme, se lo prometí a Paris.

Comienzo a caminar hacia la salida, a lo lejos veo a Erix hablando con la chica tímida que gusta de él. Puedo notar desde aquí que está muy nerviosa, y como no va a estarlo si el chico que le gusta le está hablando.

Se perfectamente como se siente, lo he vivido en carne propia, es hermoso y horrible a la vez. Te sientes afortunada de estar hablando con esa persona que consideras especial, pero los nervios y las ganas de vomitar por la emoción y el miedo a no saber cómo actuar llega a ser una pesadilla.

Veo negar a la chica tímida, tiene los ojos clavados en el suelo, como si fuera más interesante que mirarlo a él. *Linda sonrisa* asiente con un intento de sonrisa que se convierte en una mueca de decepción. Ella se aleja de Erix rápidamente en cuanto terminan de hablar y sale casi corriendo del instituto.

De reojo lo veo girar en mi dirección, siendo consciente de sus intenciones, apresuró el paso, necesito llegar cuanto antes a la salida. Tengo que salir de aquí o estaré en aprietos. El pulso se me acelera y puedo sentir como mi corazón lucha por salirse de mi pecho, cuando lo veo acelerar también sus pasos, intentando alcanzarme. Sudo frío, la adrenalina corre por mis venas, siento mi sangre pulsante en los oídos, mi único objetivo es escapar de él. Lo escucho gritarme que pare, que necesita preguntarme algo.

Sé cuál es esa pregunta que quiere hacerme y no pienso responderla. No quiero mentirle, no me gustan las mentiras, lo mejor es evitarlo, así evito ser deshonesta.

Antes de que me dé cuenta estoy cruzando la calle, ya no escucho la voz de Erix. Miro sobre mi hombro.

Nada.

Suspiro aliviada. Soy una cobarde, estoy consciente de ello, pero no me importa. No me siento lista para pararme frente a él y decirle que era yo la chica que lo abrazo para consolarlo después de la ruptura con su novia. Tendría que explicarle como lo sé, tendría que decirle que lo miro hace tiempo, tendría que decirle que me gusta. Y no tengo las agallas para hacer eso. No aún.

Me siento como la Cenicienta. Erix es el príncipe azul, el abrazo que le di en el parque vendría siendo el baile mágico que tuvieron Cenicienta y el príncipe, esa pulsera es mi zapatilla de cristal. Y yo obviamente soy Cenicienta, la doncella misteriosa a la que busca y espera encontrar.

Solo que el príncipe buscaba a la chica de la zapatilla porque se había enamorado y quería desposarla. No creo que el chico lindo quiera casarse conmigo. Entonces, ¿por qué quiere encontrarme?

Capítulo 13

13. Pulsera rota

Miro fijamente mi mesita de noche, sin expresión alguna en el rostro. La pulsera que tanto aprecio, esa que me trajo mi padre de un viaje, como regalo de su parte, esa que le gustó a Erix, provocando un intercambio de palabras entre nosotros y que yo sintiera una atracción por él... esa pulsera que ha sido la causa de tantas cosas se ha roto.

Si se tratara de un objeto insignificante para mi no me importaría, en lo absoluto, pero tratándose de algo que, no solo es importante porque un lindo chico me habló, sino que lo era por lo que significaba para mi hace que me sienta decaída.

La pulsera ya tenía un significado sentimental para mi, desde antes de que Erix la viera y decidiera hablarme. Ese pequeño y simple objeto significaba que cada vez que mi padre saliera de viaje y estuviera lejos de mi, no importaba cuanta fuera la distancia que nos separaba la pulsera me hacía sentir que él aún estaba conmigo, que seguía a mi lado, que no estaba lejos en cualquier lugar fuera de mi alcance. Era como traerlo conmigo siempre.

Pero ahora no podré traer conmigo lo único que me hace sentirme cerca de él. Sus viajes suelen ser largos, las máquinas que arregla a veces son muy complicadas y el viaje se alarga más de lo que duraría al inicio. Nunca sé cuándo volverá, y cuando lo hace aprovecho cada instante. Hasta que vuelve a tener un trabajo fuera de la ciudad. Trabaja aquí en Ayllicek, por supuesto, pero la mayoría del tiempo son más los trabajos en otras partes, además la ganancia suele ser un poco más elevada cuando hace su labor afuera de la ciudad y eso le parece más conveniente. Entiendo que lo haga por la familia, no es el único, mamá también trabaja para ayudar con los gastos, pero no tanto como papá.

Paris ayuda a mi madre en su trabajo, mi hermano no ha podido conseguir un trabajo fijo. Después de graduarse y tener una carrera como actor no ha podido conseguir un buen papel en algún programa o en el teatro, al menos. Lo bueno de Paris, y que más admiro de él, es la seguridad y la confianza que suele tener. Además de ser una persona muy optimista. No se ha rendido, aún está buscando donde trabajar para poder sacar a relucir sus dotes como actor, no ha tenido éxito pero dado a que no es una persona que se rinde fácilmente, gracias a su optimismo, sé que lo conseguirá. Mientras tanto, ayuda a mamá.

Suspiro. Llevo más de tres minutos mirando fijamente la pulsera rota. Siento un pequeño nudo en el estómago, frunzo los labios sin saber qué hacer. Lo único bueno que sale de esto es que si Erix se me acerca, y por

algún motivo ve mis manos, la pulsera no estará y entonces no podrá pensar en la enorme coincidencia de tener una pulsera similar a la que esa chica misteriosa le dio, después de abrazarlo.

La parte de mi que desea fervientemente que el chico lindo me reconozca, con la esperanza de tener una bella historia de amor, hace que mis pensamientos giren en torno a lo horrible que es el hecho de ya no poder llevar el único objeto que podría ponerme en evidencia.

Otro suspiro se me escapa. Me levanto de la cama, ya pensaré qué puedo hacer. Quizá pueda arreglarla, el problema es que no soy muy hábil con estas cosas y podría empeorarlo.

Los últimos días he estado evitando lo mejor que puedo a Erix. El chico no se rinde, sigue preguntándole a las chicas que se le cruzan por enfrente si saben algo de la pulsera, y cada vez que me ve corre hacia mi. He logrado escaparme la mayoría de las veces, excepto por dos ocasiones en que casi no lo hago. En una de ellas quien me salvó fue Arlette, que aunque insiste en que le diga todo a *Linda sonrisa* respeta mi decisión de no hacerlo pues aún no me siento segura. La otra... solo digamos que esa vez definitivamente "me salvó la campana".

Él no va a rendirse y eso de alguna forma hace que me sienta feliz; por su interés en mi (o en la chica que le dio la pulsera), y al mismo tiempo me hace sentir miedo, pues temo que llegado el momento en que le diga todo, o que él lo descubra, no me acepte. Tengo miedo de no ser lo que él espera.

Después de lavarme los dientes, vuelvo a mi habitación con la intención de tomar mi mochila y guardar los útiles que dejé afuera, al terminar la tarea, el día anterior. Luego de pensarlo por unos segundos decido llevar conmigo la pulsera rota, la guardo en uno de mis bolsillos rogando mentalmente que no se me caiga en algún momento. Cinco minutos después me encuentro camino al instituto, con mis pensamientos girando en torno a lo que puedo hacer con la pulsera.

¿Cómo podré arreglarla?

Lo primero que veo, al entrar por las puertas principales, es a Erix preguntándole a una chica castaña, por encima vez, sí de verdad el accesorio que le muestra no le parece conocido. Ella niega, su expresión es irritada, y puedo jurar que de no ser porque Erix parece, en serio, muy desesperado por saber algo que tenga que ver con la pulsera, la chica ya se habría ido sin importarle lo que él le tenga de decir (o en este caso, preguntar). El chico lindo suspira con decepción, lo veo llevarse una mano a la cabeza y sacudir sus rizos. Erix le dice unas últimas palabras y se aleja de ella para acto seguido detener a otra chica castaña, que iba pasando para hacerle, seguramente, las mismas preguntas que a la

muchacha anterior.

Eso es lo que más me preocupa. Él solo se interesa en preguntarles a las chicas de cabello castaño si conocen la pulsera que les muestra. Eso le da esperanza, el saber que la persona que busca es castaña. Y a juzgar por las chicas a quienes le he visto cuestionar, también sabe que soy baja de estatura. Para él puede ser una ventaja, pero para mí y mis deseos de no ser encontrada definitivamente es un problema.

Demonios.

Erix mira en mi dirección, casi me descubre. Por suerte logro girarme a tiempo para no ser descubierta. Mis ojos vuelan de vuelta hacia él, lo observo continuar la conversación que tenía con la chica.

Suspiro aliviada porque no me ha visto y continuó caminando en dirección a mi casillero. Cuando paso por su lado tengo cuidado de esconder bien mi rostro y así evitar que me mire.

— ¿Estas segura de que no es tuya? ¿De casualidad no has estado en la plaza *Amla* en los últimos días y abrazado a un chico? —pregunta con prisa, no puedo evitar soltar la pequeña risita que se me escapa, logro disimularla antes de que me noten.

Erix sigue conversando con la chica sin percatarse de mi presencia, sin darse cuenta de que la chica a la que busca acaba de pasar por su lado, que acaba de tenerla a menos de un metro y que ahora se aleja. Ha estado tan cerca pero tan lejos al mismo tiempo. Por desgracia para él yo no estoy dispuesta a revelarle tal información.

****

Paris entra a mi cuarto, sin molestarse en tocar. Mis ojos se dirigen de la pulsera a él, lo observo con una ceja alzada cuestionando su llegada.

—La comida está lista —asiento en respuesta y vuelvo mi atención a la pulsera rota, pensando qué hacer, él se queda de pie en el umbral, parece darse cuenta de lo que mis ojos observan —. ¿Sigues sin saber qué hacer con eso? Escucha, sé que es importante para ti, pero no creo que sea muy difícil intentar arreglarla —lo miro con atención, esperando por alguna idea de lo que podría hacer —. Tú eres muy hábil con las manos, ¿por qué no lo intentas?

Suspiro.

—Ayudar a papá con algunas máquinas es una cosa, sé cómo y cuales cables debo mover y donde tengo que acomodarlos. Nunca he arreglado

una pulsera, si lo intento ahora soy capaz de arruinarla... más.

—Puedes hacerlo. Cali, arreglas máquinas, arreglar una pulsera debe ser nada para ti —el optimismo de mi hermano hace acto de presencia, estoy a punto de creer en sus palabras, sin embargo, la inseguridad me invade al instante.

Niego con la cabeza, no tengo que responderle en voz alta para que entienda que no lo haré. El miedo a lo desconocido es algo común en las personas, en mi sin duda ese miedo es muy fuerte.

Lo escucho suspirar, me preparo para su siguiente idea. Es Paris, no me dejara en paz hasta estar seguro de que me ha ayudado y se lo agradezco.

—Bueno, ya que no quieres intentarlo, por qué no vas con la señora del local... ese de accesorios. Donde compré el collar para Arlette —una sonrisa se dibuja en su rostro al mencionar a mi amiga —. Ella debe saber algo de eso, ¿no crees?

Alzó las cejas, lo pienso unos segundos y asiento con la cabeza. No es una mala idea, podría pedirle ayuda a esa señora, seguro tendrá más idea sobre cómo arreglar pulseras que yo.

—Bien, ahora sí. A comer.

****

El lunes me levanto más temprano con la intención de pasar por el local de accesorios. Me preparo para la escuela como todos los días, desayuno, me lavo los dientes y me despido de Paris y mis padres antes de salir de casa.

La campana suena cuando entro, la mujer del mostrador levanta la vista y sonríe al verme. Le devuelvo el gesto con amabilidad.

— Buenos días, ¿se te ofrece algo? —me saluda y pregunta con esa voz dulce que recuerdo.

—Buenos días. Me preguntaba si usted sabrá algo sobre cómo arreglar esta pulsera —respondo mostrándole el objeto.

Ella lo observa con detenimiento y al final asiente con una sonrisa. Suspiro de alivio ante eso.

—No será muy difícil, puedes dejármela y volver mañana. Para entonces

estará lista.

Mi rostro se ilumina ante sus palabras, no lo dudo y acepto en seguida. La mujer se ríe, de manera simpática, por mi entusiasmo pero no me importa en lo absoluto. Le entrego mi preciada pulsera, confiando en que podrá arreglarla y cuando le pregunto cuanto va a costarme su respuesta es un simple:
—Nada, es un regalo.

Salgo de ahí rápidamente después de agradecerle a la mujer por tercera vez. En cuanto me encuentro afuera comienzo mi camino al instituto. Mis pasos son apresurados, no porque sea tarde sino más bien por la felicidad que me invade. ¿Cómo es posible que un objeto tan pequeño sea la causa de mi tristeza y mi felicidad a la vez?

Al llegar al instituto, me dirijo a mi casillero para guardar lo que no necesitaré hoy y sacar los libros para la primera y segunda clase. Pongo toda mi atención en meter y sacar libros y cuadernos. Matemáticas, física, inglés, historia…

Un toquecito en mi hombro hace que me detenga, no obstante, sigo con mi tarea al pensar en quién podría ser.

—Un momento Arlette, si me equivoco de libros tú serás la culpable de que por primera vez no haga nada en clase —digo medio en broma, concentrada en lo que hago.

Me quedo helada al escuchar hablar a “Arlette”. Mis ojos se clavan en el metal del casillero que tengo enfrente. Mi pulso comenzando a acelerarse.

—Si no me equivoco “Arlette” es nombre de mujer, y que yo sepa no soy una chica —su voz es simpática y agradable para mis oídos.

Puedo intuir que en su rostro está dibujada esa hermosa sonrisa que lo caracteriza.

Erix.

Jejee espero que les haya gustado…

Nos leemos pronto.

Besos.

Capítulo 14

14. Sospechas (Erix)

Diría que al entrar por las puertas del instituto sentí como las miradas se posaban sobre mi. Estaría mintiendo, sin embargo. Ni siquiera las dos personas que me provocaron tanto dolor se interesaron por mi presencia. Aun así pude sentir los ojos de alguien clavados en mi rostro, el problema es que los estudiantes eran tantos que no podría estar seguro de quién era esa intensa mirada.

Caminé por el pasillo. Pasé junto a la pareja que me engañó durante un tiempo, solo entonces se percataron de mi presencia. Pero los ignore, no les dedique ni una mirada de reojo, y tampoco que me interesaba hacerlo en ese momento.

Mis pensamientos estaban en otro lugar, se encontraban días atrás, en *Amla*, con la chica de la pulsera. Esa que me consoló durante unos cuantos minutos. La que desprendía un sabroso olor a almendras. Ahí era donde se encontraban mis pensamientos en ese momento.

Podía sentir el peso del pequeño objeto en el bolsillo de mi pantalón. Lo saqué y lo observe fijamente, mientras seguía caminando, toda mi atención puesta en la pequeña pulsera. Era linda, una pulsera artesanal y muy sencilla. Aún sentía la mirada de esa persona en mi, con más intensidad.
Una extraña fuerza me hizo girar la cabeza a un lado, mis ojos se clavaron en un rostro conocido.

Una chica castaña, delgada y de estatura baja. Linda, a mi parecer. Sus ojos mieles me devolvieron la mirada, pero la apartaron casi al instante. Fruncí el entrecejo, confundido. Su cara me era familiar, intentando recordar dónde la había visto antes hice memoria. La imagen de una chica caminando con prisa en dirección al baño, impactándose contra mi cuerpo y cayendo al piso, se me viene a la mente. Recuerdo su rostro sonrojado al mostrarle la toalla sanitaria que se le había caído, y recuerdo sus pasos torpes al tratar de huir de lo que parecía ser una situación incómoda y vergonzosa para ella.

Antes de voltearme y seguir con mi camino la miro por última vez. Algo en ella es extraño, su comportamiento es extraño, no sabría explicarlo pero lo es. La manera en que sus ojos parecen escapar de los míos es…

Suspiro, dando la vuelta, siguiendo mi recorrido en dirección a mi aula. Una pequeña sonrisa se me escapa. ¿La razón? No estoy seguro de ella,

no sabría decir qué la causo.

A la hora del almuerzo, al entrar en la cafetería, de nuevo me vi ignorando a Beverly y a Zigor, solo pasé de largo junto a la que solía ser nuestra mesa y me senté en una que se encontraba vacía, después de haber analizado los sitios vacantes dentro del lugar. Quería estar lo más lejos posible de ellos dos. Tanto mis ojos, como toda mi atención, se centraron en la pulsera que reposaba en mis manos, de verdad quería saber quién era la chica de la plaza.

La intensa mirada volvió a presentarse, pues de nuevo la sentía clavada en mi. La diferencia fue que en ese momento me imaginaba de quién era. No me equivoqué, la chica de ojos mieles me observaba fijamente. No fue hasta que mi mirada se topó con la suya que se giró rápidamente, no me pasó desapercibido el ligero sonrojo que se extendió por sus mejillas.

La miré fijamente, por alguna razón me parecía haberla visto en otra ocasión. Sabía que habíamos chocado aquel día, cuando se le cayó la toalla. Pero sentía como si ya la hubiera visto antes, su rostro me resultaba demasiado familiar. Podía jurar que incluso habíamos hablado, que habíamos cruzado más que las simples palabras “lo lamento” y “se te cayó esto”. Era frustrante no saber exactamente lo que pasaba, el no ser capaz de descubrir o recordar algo más allá de ese día. Observándola mejor y con más atención me daba cuenta, y comenzaba a estar seguro, de que de verdad la había visto mucho antes. De que habíamos incluso hablado.

Mi mano apretó la pulsera, envolviéndola en un puño. No sabía dónde o cuándo había visto a la chica de ojos mieles, pero estaba completamente seguro de que lo había hecho.

****

— ¿Estas segura de que no es tuya? —pregunte con un dejo de desesperación. De verdad estaba ansioso por encontrar a esa chica.

La castaña negó con la cabeza y yo suspiré con decepción. Había decidido buscar a la chica de la pulsera, al inicio creí que tal vez era una ridiculez pues ni siquiera había visto su rostro. Después recordé que era castaña, delgada y de estatura baja, además de que me había hablado, en un tono bajo, pero algo era algo y tenía que aprovechar las pocas cosas que sabía para intentar encontrarla. Varias veces me plantee la idea de que quizá ni siquiera fuera de la escuela, sin embargo, sí sabía tanto de mi como demostró ese día entonces quería decir que llevaba tiempo observándome, o que al menos me conocía. Y si así era, ella tenía que ser una de las tantas chicas castañas que estudiaban en este instituto.

Días buscándola sin obtener nada, es como si no existiera. Durante estos días me dediqué a preguntarle a cada chica con las características que recordaba de ella sobre la pulsera, con la esperanza de que alguna la reconociera o a mi. Pero nada.

Darla se había acercado a mi aprovechando la situación en la que me encontraba y había intentado persuadirme de que era ella a la que buscaba, que ella era la chica de la pulsera. Por supuesto no le creí, no soy estúpido, bastante seguro estaba de que la muchacha a quien buscaba tenía un físico completamente distinto al de Darla. Iniciando por el cabello; el de Darla es rojo intenso, obviamente no natural, además de ser muy voluminoso. El de la chica que buscaba, según recordaba era castaño y un poco ondulado. Darla se alejó aquel día muy enfadada por no haber logrado su objetivo de hacerme caer en su trampa.

Beverly había intentado hablarme, lo poco que le escuché decir fue sobre ayudarme con lo que fuera que estaba haciendo, no le preste mucha atención, no quería mirarla o me derrumbaría frente a ella. Aún me dolía lo que había hecho, por supuesto, y buscar a *Pulsera bonita* (la chica misteriosa) era una buena distracción, además de que tenía mucha curiosidad por saber de quién se trataba. No es necesario aclarar que rechace la oferta de mi ex novia.

Y ahora aquí estoy recibiendo otra respuesta negativa de la decimoquinta chica castaña a la que me he acercado a preguntar. Dejando en paz a la chica, que me observa un poco irritada por mis preguntas insistentes, me giro justo a tiempo para retener a otra que iba pasando, con la intención de hacerle las mismas preguntas. Sintiendo de nuevo esa mirada que últimamente me persigue dirijo la vista en dirección a la entrada, sin mucho éxito en mi misión de encontrar esos ojos que me observan.

Las respuestas por parte de la otra chica son las mismas que he recibido de todas las demás. La decepción y la frustración deben ser visibles en mi rostro porque ella me mira con pena. Sus ojos captan algo a mis espaldas y habla:
—La chica que buscas es castaña ¿no? —pregunta entrecerrado los ojos.

Asiento en respuesta, un poco esperanzado con que pueda ayudarme.

—Esa chica de ahí es castaña —dice apuntando a alguien. Sigo la dirección en que apunta su brazo topándome con una figura conocida.

Ese cabello castaño, su delgada y pequeña anatomía. La reconozco al instante, no solo por la ubicación de su casillero o por el recuerdo de ella cayendo al suelo y yéndose apresuradamente después del incidente con la toalla sanitaria, sino porque la he perseguido varias veces para preguntarle por la pulsera. Es la única a la que no he cuestionado, y eso se debe a que siempre se me escapa, de alguna forma siempre logra

escabullirse, lo extraño es que pareciera que huye de mi y no sé por qué. Las únicas dos ocasiones en que tuve oportunidad para acercarme lo suficiente llegó su amiga o sonó la campana indicando el inicio de las clases.

Esta vez no podrá escaparse, está distraída sacando libros y guardando otras cosas, puedo aprovechar su distracción y tomarla desaparecida.

Le agradezco con una sonrisa a la chica que acaba de ayudarme y me encamino en dirección a la castaña escurridiza. Prestándole más atención me doy cuenta que de espaldas es muy parecida a *Pulsera bonita*, varias veces lo he pensado. Ha huido tanto de mi que la mayoría del tiempo lo más que veo de ella es su espalda. Solo he podido ver fijamente esos ojos mieles dos veces, para mi desgracia solo han sido dos miserables veces.

Cada vez estoy más cerca de ella, aún no se ha percatado de que me aproximo y espero que no lo haga porque corro el riesgo de que se escape de nuevo. Me detengo un momento, una distancia menor nos separa ahora, viéndola desde aquí el parecido entre ella y la persona que busco se hace más notorio. La castaña escurridiza, y con fascinantes ojos mieles, fácilmente podría ser la chica de la pulsera bonita. Estoy casi seguro de que es ella, solo tengo que comprobarlo, y espero que me deje hacerlo en lugar de correr lejos de mi.
Me aproximo un poco más, hasta estar a menos de un metro, y toco su hombro con suavidad, esperando la reacción que acostumbra tener cada vez que me acerco, la cual extrañamente nunca llega. En cambio detiene un momento la tarea de meter y sacar libros pero al instante vuelve a ella, se mantiene relajada lo que me parece sorprendente pues no era la reacción que esperaba.

—Un momento Arlette, si me equivoco de libros tú serás la culpable de que por primera vez no haga nada en clase —es lo único que dice, entonces me doy cuenta del porque no salió huyendo cuando la toqué. Ella piensa que soy esa tal Arlette, su amiga seguramente. Esa chica con las puntas del cabello color violeta con la que siempre está. O al menos eso he visto.

Su voz es suave, no puedo evitar tratar de imaginármela en un tono más bajo, musitando las mismas palabras que *Pulsera bonita*, sorprendentemente en mi cabeza suenan idénticas. Un sutil aroma se cuela en mis fosas nasales. Almendras. Eso me anima un poco más que cuando comencé a acercarme. Tratando de ser simpático esbozo una sonrisa que no se me dificulta en lo absoluto hacer que parezca natural, pues de verdad lo es.

—Que yo sepa “Arlette” es nombre de mujer, y que yo sepa no soy una chica —veo sus hombros tensarse, inmediatamente me preparo para su

escape, de nuevo me sorprende cuando esté nunca llega.

Se gira lentamente, hasta quedar de frente a mi. Sus ojos dudan pero finalmente se alzan hasta dar con los míos. Mi sonrisa se agranda un poco al observar esos orbes color miel de cerca. Una sensación extraña me impulsa a dirigir la mirada hacia sus manos. Poso mi vista en ese lugar, no sé qué es lo que espero encontrar pero sea lo que sea no está. Tampoco tengo idea de cómo lo sé, solo siento la decepción instalándose en mi. Es como si ella fuera a quien busco con el único detalle de que falta algo que me lo confirme, el problema es no sé qué es lo que falta. Y eso me frustra.

Ella me observa con lo que parece ser preocupación o pánico. No entiendo su reacción, así como tampoco entiendo por qué salía corriendo cada vez que me acercaba. Antes de que haga algo inesperado, como huir de mi, hablo:
—Hola, ammm… Sé que después del incidente del otro día tal vez no te sientas muy cómoda hablando conmigo, pero quiero que sepas que no importa. Si te hace sentir más tranquila lo olvidaré, en serio. Es más ya quedó borrado de mi memoria —la sonrisa jamás se borró de mi rostro, trato de mantenerme agradable con ella. Por alguna razón siento que cualquier cosa que diga o haga la hará correr lejos y no quiero eso.

Sus ojos mieles me observan curiosos, abre la boca con la intención de decir algo. De pronto me veo ansiando una respuesta de su parte solo para oír su voz de nuevo. Sin embargo, mis deseos de escucharla hablar otra vez se quedan en eso y no pasan a hacerse realidad porque el timbre que anuncia el inicio de las clases la interrumpe antes de que pueda pronunciar palabra alguna.

Maldigo internamente a ese estúpido timbre, por no dejarla hablar. La campana provoca exactamente lo que tanto he querido evitar. La hace sobresaltarse sutilmente y después de dirigirme lo que me parece ser una última mirada se marcha, escabulléndose como tan bien sabe hacerlo.

Suspiro mientras la veo alejarse, me llevo una mano al cabello alborotándolo más de lo normal. Esta escena me recuerda tanto a ese día en que *Pulsera bonita* apareció en mi vida. Y lo más curioso es que la *castaña escurridiza*, viéndola de espadas y alejándose de esa manera, de verdad se parece a la chica de la pulsera. Se ve idéntica a ella, es idéntica.

Podría jurar que son la misma persona. Puedo jurar que es la misma persona.

Capítulo 15

15. Eres tú

Referirme al alivio que siento en estos momentos como algo ligero sería una mentira muy grande, pues la tranquilidad que me invade es enorme. Estuve tan cerca, él estuvo tan cerca.

Mi corazón golpea tan fuerte en mi pecho que temo que se salga y las manos me tiemblan tanto que no estoy completamente segura de poder sostener por más tiempo los pocos libros que me faltó guardar en la mochila. Siento la necesidad de voltear a mi casillero, en dónde sé que él se encuentra, pero me contengo.

Tomo una gran bocanada de aire. Cuando llego a mi salón dejo caer con algo de fuerza los libros y me siento a esperar al profesor de literatura. Mientras espero mis pensamientos viajan a ese pequeño momento en el que hablamos, fue tan lindo. Erix me recuerda por la vez en que ocurrió lo de la toalla pero fue tan linda la forma en que me dijo que lo olvidaría, que prometía que ese tema jamás saldría a relucir entre nosotros solo para no incomodarme, que mi opinión sobre él se hizo aún más positiva.

Suspiro, pensando, recordando.

Es tan lindo.

Él me dedico esa enorme y hermosa sonrisa enlatada que tanto me encanta, esa que me hechizo desde el primer momento. Erix me sonrió a mi. Y pensarlo hace que las mariposas en mi estómago se sientan con más intensidad de lo que normalmente las siento.

Las clases se pasan rápido, aunque no le preste atención a ninguna de ellas, solo soy consciente de que tengo deberes que seguramente no comprenderé del todo y por lo tanto también tardaré mucho en terminar. Al menos una parte de mi cerebro es capaz de enviar las señales a mis manos para hacer los apuntes que necesito, sin embargo, mientras lo hago mis pensamientos se encuentran en otro lugar, muy lejos, más específicamente en la bella sonrisa de Erix y en sus ojos de color chocolate.

Por suerte para mi, y mi pobre corazón, el resto del día no vuelvo a verlo y a la hora de la salida tampoco. Lo único que se mantiene en mi mente, mientras hago mi recorrido acostumbrado a casa, es que ya quiero tener de vuelta mi pulsera favorita arreglada, siento la ausencia de esta en mi muñeca. Aún cuando hay siete más en cada brazo siento la ausencia esa

pulsera en especial.

****

—Que te vaya bien, hija —sonrío ante las palabras que mamá me dedica antes de salir de la casa.

Paris se encuentra afuera barriendo las hojas y la basura que los vecinos se encargan de echarnos cuando tienen oportunidad. De todos modos mi hermano se encarga de limpiar nuestro espacio sin quejarse. En cuanto me ve salir me sonríe y levanta una mano en forma de saludo, uno que devuelvo en seguida.

— ¿Ya te vas? —detiene su tarea por un segundo y se acerca a mi con pasos rápidos.

Asiento en respuesta.

—Deberías decirle —dice al situarse junto a mi.

Lo observo confundida, pues no entiendo a qué se refiere. Paris lo nota y rueda los ojos con una sonrisa.

—Deberías decirle al chico —lo dice como si nada, mis ojos se abren más de lo normal —. Si no le dices tú, de todas formas se enterara por sí mismo.

— ¿Qué? Espera tú cómo... —me veo interrumpida por el grito de mamá llamando mi hermano para que la ayude con algunas cosas del trabajo, él no se hace esperar, de un momento a otro se encuentra a unos metros de mi, entrando a la casa.

La confusión me invade.

¿Cómo sabe Paris sobre Erix y que aparte le oculto algo?

Mi hermano siempre será un misterio para mi, al menos esa parte de él que suele enterarse de las cosas que no le cuentan. Niego con la cabeza, largando un suspiro y sigo caminando hasta quedar fuera de la vista de cualquiera que se encuentre en casa. Mi destino es el local de accesorios, hoy tendré de vuelta mi preciada pulsera y eso me pone más feliz que cuando la mujer me dijo que sí podría arreglarla.

Llegó al lugar pero antes de entrar me percato de que una persona está dentro, un chico. Uno que mis ojos conocen muy bien. Esa espalda que tantas veces he visto, el cuerpo alto, el cabello castaño y rizado. Ese

trasero...

Sacudo la cabeza anticipándome a los pensamientos pervertidos que se avecinaban en mi mente. Solo estar consciente de lo que estuvo a punto de filtrarse en mis pensamientos me hace sonrojar por la vergüenza, no quiero ni imaginar que tan roja estaría si Erix se encontrara frente a mi. Aunque sería capaz de averiguarlo si me ve aquí afuera. Si eso pasa estaría perdida.

Linda sonrisa está hablando con la mujer, no sé de qué pero puedo imaginármelo. Para qué más vendría un chico que busca a la dueña de una pulsera a un local de accesorios, puedo deducir que efectivamente su plática se basa en ese tema por el simple hecho de que Erix tiene mi pequeño obsequio en la mano. Me pregunto cuánto más va a durar esto. Él debería rendirse, porque a menos que yo decida confesarle la verdad no encontrara nada, no soy muy valiente como para decirle que me gusta.

La mujer levanta la mirada de lo que sea que está haciendo, el objetivo principal de sus ojos era el chico lindo pero mi presencia la distrae y sonríe en mi dirección, Erix lo nota y se gira buscando a la persona a quien la mujer le sonríe. Logro deslizarme fuera de su campo visual antes de que me descubra, la señora del local parece comprender que no deseo ser vista e intenta distraer a Erix. Quiero entrar, pues hace tanto calor que siento que voy a derretirme en cualquier momento y el sol me da de lleno en el rostro, pero recuerdo que si lo hago sonara la campana anunciando mi llegada y entonces no podré escapar tan fácilmente.

Unos minutos pasan hasta que Erix sale del local, hago lo posible para que no me vea. Logro mi objetivo y, cuando por fin se va, sin más miramientos me adentro en la tienda. La mujer sonríe ampliamente en cuanto la campana suena y me ve. Mis ojos observan con emoción la pulsera en sus manos, mi pulsera arreglada.

—Esta lista, no fue muy difícil —dice con una sonrisa, ni siquiera me ha saludado pero eso no importa, no era necesario —. El chico te está buscando —el cambio de tema es tan repentino que me toma por sorpresa.

—Ahh… ¿disculpe? —mi confusión es muy obvia, ella solo sonríe aún más, su sonrisa es dulce.

—Sabes de lo que hablo. No le he dicho nada porque eso debes hacerlo tú, cuando estés lista. Pero no tardes mucho, que tus inseguridades no te hundan eso solo te destruirá, y no me refiero solo a esta situación. Tienes que apurarte o después será muy tarde —sus ojos grises me observan fijamente.

Ella tiene razón, no tengo idea de cómo es que esta tan enterada de lo que me sucede o sobre mi misma, no obstante, eso no me importa. Lo único en lo que pienso al salir de ese lugar, después de dar las gracias y despedirme de la mujer, es en cuál sería la mejor manera de decirle al chico lindo que soy yo la chica que busca.

Entro al instituto apresurada con la intención de encontrar a Erix, sin embargo, después de un momento en mi cabeza se filtra de nuevo esa molesta inseguridad que me hace ir más despacio. Las escaleras que suelo usar se aparecen en mi campo de visión luego de pasar a mi casillero y caminar unos cuantos metros. Subo rápidamente al escuchar el timbre que indica el inicio de la primera clase y sin detenerme a pensar en cualquier otra cosa, que no tenga que ver con la escuela, ingreso al salón.

Las horas pasan, las clases son igual que siempre; unas interesantes y otras no tanto. La hora del almuerzo llega pronto, tomo mis cosas y salgo esperando encontrarme con Arlette, quien dijo que tenía algo muy importante que decirme. Vuelvo a pasar por las escaleras, mis ojos están puestos en mi celular y en el mensaje con letras mayúsculas de Paris.

"¡DEBES DECIRLE AL CHICO!"

Ruedo los ojos un poco sorprendida, aun sin saber cómo es que Paris se enteró de tal cosa. Mi atención no está del todo puesta en lo que sucede a mi alrededor, es por eso que mi pie no alcanza a calcular bien dónde termina el escalón, ocasionando una casi caída de mi parte. Por suerte mi cerebro reacciona lo suficientemente rápido como para lograr sujetarme del barandal a mi lado, aunque no solo eso ha evitado que me estampe contra el suelo. Unos brazos me sostienen impidiendo que caiga, no sé quién sea mi salvador pero se lo agradezco. Sé que es un chico, por su altura.

—Chica de la pulsera bonita.

Mi corazón se detiene unos segundos, solo para comenzar a golpear en mi pecho con frenesí. Reconozco esa voz de inmediato, es más una afirmación que una pregunta. No puedo creer la enorme suerte que tengo (nótese el sarcasmo), así como tampoco entiendo mis cambios de actitud tan repentinos pues al entrar al instituto venía con una seguridad, tan poco propia en mi, para confesarle todo. Y ahora lo único que quiero es huir, de nuevo, alejarme de él y no decirle nada, la inseguridad vuelve a invadirme y no sé cómo deshacerme de ella.

Lo miro a la cara, dándome cuenta de que su mirada está puesta en mi muñeca donde descansa justamente, entre tantas pulseras, la que podría ser la gemela de la pulsera que le di. La pulsera que le gustó la primera

vez que hablamos.

Sus ojos suben de mis manos a mi rostro. Su expresión es de asombro, pero no parece decepcionado ni da señales de algún pensamiento negativo. Esa bella sonrisa que logra hacerme temblar se dibuja en sus labios.

—Eres tú.

¡Volví! Ya descubrieron a Cali, ¿correra con la misma suerte y volvera a safarse como las veces anteriores? O, ¿será que esta vez Erix no la dejará escapar? Esperemos que no...

Capítulo 16

16. Basta de huir

Mis ojos están tan abiertos que podrían salirse de sus cuencas y mi corazón golpea tan fuertemente mi pecho que duele. Escuchar su voz tan cerca de mi oído hace que un escalofrío me recorra y estremezca. Siento como se eriza mi piel, las cosquillas en el estómago, que suelo sentir al verlo o cuando me mira, pasaron a ser un enorme zoológico bailando dentro de mi ser.

Me suelto de su agarre tan rápido como puedo, mis ojos están puestos en el suelo y no tengo intenciones de alejarlos de ese interesante lugar. La primera idea que se me cruza por la cabeza es escapar y no dudo en llevarla a cabo, sin embargo, Erix es más rápido y se interpone en mi camino.

—No, lo lamento, pero no pienso dejarte escapar esta vez —dice y puedo notar la seguridad en sus palabras.

Trago saliva. Al parecer salir corriendo ya no es una solución. Solo queda hacer una cosa.

Bien. Basta de huir.

Respiro hondo, pensando bien en lo que voy a hacer. Mi corazón no deja de latir y dudo que vaya a calmarse, mucho menos justo ahora que tengo al chico que me gusta hablándome y mirándome, a menos de un metro de distancia, después de descubrir que la chica que tanto buscó soy yo.

—Escucha... —se queda callado por lo que se me hace un minuto eterno, así que confundida levanto la mirada y la poso en él, confirmando por milésima vez lo lindo que es — Wow... te estuve buscando, por lo que se me hizo demasiado tiempo, y te juro que tenía un discurso preparado para cuando te encontrará, y ahora que por fin lo logré no sé qué decir —termina de hablar, mirándome fijamente con una media sonrisa en sus labios.

Me muerdo el labio con nerviosismo, mis ojos se pasean por el lugar tratando en vano de evitar su intensa mirada. Al final mi vista vuelve a posarse a en la suya. Si Erix no sabe que decir, yo estoy cien veces peor; estoy muda, apunto de irme de espaldas y caer inconsciente por los nervios. Algo me impulsa a sonreír de lado, no quiero ser desagradable. Es el chico que me gusta lo que menos quiero es que piense mal de mi.

—Bueno —comienzo, y me alegro de no haber tartamudeado por los nervios. Por segunda vez estoy hablando con él, y no es un simple

intercambio de palabras, puedo asegurar que está conversación va a durar más tiempo de lo que puedo soportar —, podrías contestarme una pregunta, por favor.

Erix me observa dudoso, pero asiente lentamente esperando que lance mi pregunta.

— ¿Por qué tanto interés en buscarme? Y, ¿cómo supiste quién era? —la primera es la que de verdad me importa que sea respondida, la segunda es mera curiosidad, en realidad me es irrelevante.

Él sonríe, levantando una poblada ceja, sin dejar de mirarme, algo que no me ayuda a calmar los latidos de mi corazón.

—Creí que harías una pregunta. Según mis cálculos, esas fueron dos —entrecierra los ojos, sin dejar de lado su afabilidad, y señala lo que dice mostrándome dos dedos.

Eso logra sacarme una pequeña sonrisa y mi tensión se quiebra un poco haciéndome sentir más cómoda que antes, sin la constante inseguridad que me atormenta, cada vez que quiero abrir la boca, por miedo a decir algo que no venga al caso.

No respondo, solo lo observo sin borrar la sonrisa de mi rostro.

Erix asiente, dando a entender que responderá mis preguntas, espero hasta que se decide a hablar.

—La segunda es fácil de responder, sospeché de ti el día en que me acerqué y saliste huyendo, después solo tuve que atar los cabos sueltos. Tu silueta, tu cabello, tu estatura y las pulseras casi idénticas, incluso tu voz, son detalles simples pero que me llevaron hasta ti —me observa fijamente, para después agregar algo más —. Tu olor —su mirada es penetrante, las piernas me tiemblan y dudo que puedan sostenerme por más tiempo.

Lo observo confundida.

— ¿Mi olor?

Lo veo asentir sutilmente, antes de responderme:
—Cuando me abrazaste desprendidas un aroma a almendras que luego, cuando intenté hablarte ayer, también alcancé a percibir antes de que tocará la campana y te fueras.

Mi sorpresa es grande, este chico debería ser detective, es incluso mejor que las chicas que investigan a quien le da "me gusta" a las publicaciones de sus novios o las que hacen lo posible por saber más del chico que les

gusta y se dedican a acosarlo (algo que, tengo que aclarar, jamás he hecho). Erix sí que puso atención en todos los detalles.

— ¡Aquí estás! ¡Santo cielo, te busque por todos lados! —Arlette hace acto de presencia, con su cabello atado en una coleta y su rostro despejado gracias a esta. No sé si agradecerle o sentirme mal, porque por fin estoy hablando con Erix y ella acaba de interrumpir el momento —Tengo que contarte algo. Creo que se quién es mi admirador secreto...

Mi rostro muestra confusión y sorpresa, miro de reojo a Erix, no ha dejado de observarme aun cuando mi amiga apareció en la escena. Tal vez crea que aprovechare la impertinencia de la azabache para escaparme. Si piensa eso está muy equivocado, él puede tener sus dudas pero yo también tengo las mías y ahora que tengo la oportunidad de resolverlas y que al fin estoy perdiendo los nervios no voy a irme.

Arlette nota que no estoy sola cuando levanta la mirada de su teléfono y para de subir las escaleras, cambiando la expresión de su rostro; la cual mostraba emoción y ahora deja ver sorpresa, junto a una mezcla de picardía y confusión.

—Oh, creo que interrumpí un momento —dice con una sonrisa de disculpa, me siento sonrojar ante sus palabras, hizo parecer esto como un momento romántico —. Bueno, yo los dejo. Ustedes sigan con lo suyo, olviden que estuve aquí. Hablamos luego Calíope —dice lo último con prisa, con la mano levantada en forma de despedida y sale corriendo hacia lo que creo es la salida. Solo veo las puntas moradas de su cabello al dar la vuelta en una esquina antes de poder decir o hacer algo.

Por el rabillo del ojo me doy cuenta que Erix no ha dejado de mirarme, tiene esa sonrisa juguetona en los labios que hace que sienta cosquillas en el estómago. Lo observo con atención cuando estoy segura que Arlette se ha ido y que no volverá, volteando el rostro por completo volviendo a estar frente a frente. Me percato de que no solo sonríe sino que también me observa con un pequeño dejó de sorpresa.

Levanto una ceja ante eso.
— ¿Qué? —me ve confuso — ¿Por qué me miras así?

Él sonríe abiertamente, mostrando sus dientes enlatados, siento que podría desmayarme porque es tan lindo y su sonrisa deslumbrante, y yo lo estoy viendo de cerca.

¿Cómo es que Beverly lo dejo ir tan fácilmente? Yo no sería capaz.

—Por un momento creí que te irías con tu amiga, que te escaparías de nuevo. Pero no lo hiciste —en sus planes está decir algo más, no

obstante, se ve interrumpido por las voces de algunos alumnos.

—No, no Zigor, ya te dije que no.

Es Beverly, reconozco su voz, solo que no me es posible interpretar el tono que usa. Parece molesta, frustrada, no sabría decirlo. Siento a Erix tensarse al escucharla, es obvio que si yo pude reconocerla él también, después de todo ella era su novia.

— ¿A dónde crees que vas?

No sé qué es lo que sucede realmente, solo podemos oírlos, no verlos. Zigor parece realmente enfadado. Estoy segura que están peleando.

—Suéltame, suéltame Zigor. ¡No me toques!

—No me grites, yo hago lo que quiero. Y tú no vas a terminarme, ¿entendido?

Lo escucho sorberse la nariz, un escalofrío me recorre, no es como los que acostumbro sentir, no es como los que Erix me provoca cada vez que está cerca. La sensación que me invade cuando escucho a Zigor hablar así, tan demandante, tan enojado es terrible. Siento miedo de solo escucharlo, por un momento siento lastima por Beverly. El rubio es alguien muy violento a mi parecer, el simple hecho de estar presenciando la escena desde aquí, solo oyendo me lo confirma. Las sonrisas que suelen colarse en los labios de Zigor cada vez que ve a Erix cerca se me hacen más repugnantes ahora.

Observo al chico lindo, sus puños están apretados y al igual que yo intenta prestar atención a lo que dicen. No logro escuchar la respuesta de Beverly, pasan los minutos y no oímos nada más, supongo que ella solo asintió y se fueron. El ambiente se pone tenso, intento pensar en que decir para romper esa tensión. Entonces recuerdo de lo que hablábamos antes de ser interrumpidos por Arlette.

—Entonces... —inicio, tratando de captar su atención, él reacciona y desliza sus ojos del suelo hasta posarlos en los míos, levantando una ceja. Trago saliva — Te falta responder una pregunta —me observa confundido, al final por su expresión puedo deducir que sabe a lo que me refiero. Sonríe, se entonces que mi intento de distracción ha funcionado.

—No lo sé, solo quería saber quién es la chica que supo cómo hacerme sentir mejor, que de alguna forma logro hacer que me desahogara ese día, que del enojo me hizo pasar a la tristeza y logro calmarme con unas simples pero bellas palabras. Ni siquiera te conozco pero sé que tú a mí sí, y no lo niegues, no trates de negarlo —agrega rápidamente cuando abro

la boca dispuesta a replicar, en su lugar sonrió con timidez.

No sé cómo lo hizo, no tengo idea en qué momento se acercó tanto, ni siquiera lo sentí moverse. Lo tengo tan cerca, nuestros cuerpos se rozan, mi respiración choca contra su pecho y tengo que mirar hacia arriba levantando la cabeza pues es más alto que yo, mucho más alto. Él se limita a inclinar la suya hacia abajo, observándome desde arriba. Mi corazón late como loco, por tenerlo tan cerca, a centímetros.

¿En qué momento quedamos tan cerca?

Esa pregunta queda en un segundo plano cuando veo que abre su boca dispuesto a seguir hablando.

— ¿Recuerdas lo que me dijiste ese día? —niego con la cabeza lentamente, sin apartar mis ojos de los suyos, pues en realidad no lo recuerdo, aún después de haber intentado hacerlo con mucho ímpetu — Me dijiste que no permitiera que las personas como Zigor y Beverly me lastimaran. Que no merecen mis lágrimas. Me dijiste que les demostrara que soy fuerte —sus palabras son casi un susurro, estamos tan cerca que no necesita levantar la voz, lo escucho a la perfección.

El recuerdo de esas palabras se cuela en mi mente, no puedo creer que le haya dicho eso. Es extraño porque ese día estaba actuando por impulso, y esos impulsos que tuve de alguna forma me hicieron llegar hasta este momento. Ahora la pregunta a la que le doy vueltas es: ¿Debo sentirme feliz por eso, o como alguien con muy mala suerte?

Su rostro está tan cerca, Erix comienza inclinarse lentamente hacia mi. Mi respiración se acelera casi estando al compás de mis latidos, sé lo que va a pasar a continuación (si es que dejo que pase). Lo que no sé es si estoy dispuesta a dejarme llevar o sencillamente alejarme. Trago saliva cuando su nariz se encuentra a centímetros de la mía. No hay una pared detrás de mí como para sentirme acorralada, si esto pasa no será a la fuerza. Yo simplemente no quiero alejarme. Estoy consciente que tanto él como yo nos estamos dejando llevar por el momento, pero no quiero detenerlo.

—Quiero ser fuerte —dice a milímetros de mí boca —. Pero te necesito cerca de mi para poder demostrárselo a la gente como ellos, los que creen que pueden destruirme. Te necesito cerca para poder serlo.

Capítulo 17

17. Amigos

— ¡Ahhh! —el grito de Arlette me aturde y tengo que taparme los oídos —Entonces, ¿lo besaste o no lo besaste? —pregunta ansiosa, con una enorme sonrisa en el rostro.

Yo sé que esa expresión es el resultado de todas sus emociones positivas juntas. Al parecer ya sabe quién es su "admirador secreto" (o lo sospecha), acabo de contarle que Erix ya me descubrió y que aparte estuvimos tan cerca el uno del otro como para poder haber ido más allá. Creo que es obvio que está más que contenta, intentar desviar su atención de ese tema al de su admirador va ser imposible, ha esperado durante meses para que Erix y yo volviéramos a hablar y otros cuantos días para que me descubriera, y ahora que por fin se hicieron realidad sus deseos no lo dejará pasar.

Me mira inquisitiva, estudiándome sin la intención de dejar escapar ningún detalle por más pequeño que sea. Sus ojos negros fijos en los míos a la espera de una respuesta.

—Pues... no —la decepción se refleja en su cara —. Nuestros labios solo se rozaron, no pasó nada más porque mi profesora de matemáticas apareció de pronto.

— ¿La señora Ada? —pregunta con el ceño fruncido, pensativa.

La observo confundida, ante sus palabras y un poco sorprendida pues no esperaba que sepa a quien me refiero —Si, ¿la conoces?

Arlette ríe, aunque no porque se siente feliz, su risa es más bien irónica. Levanta las cejas acentuando su expresión, después asiente a la vez que me responde —Genial, de tantas maestras de matemáticas que hay en esta escuela nos tenía que tocar exactamente la misma. Dime, ¿cómo la aguantas? Es como una masa de carne y huesos que va por ahí exigiendo atención y que te regaña cuando no puedes resolver una ecuación —al final de su discurso rueda los ojos y su sonrisa termina convirtiéndose en una mueca, su parte dura ha salido a flote una vez más —. Me atrevo a suponer que no les pidió que se retiraran, amablemente.

Bufa, haciendo que un mechón de cabello se aparte de su rostro.

—Las ecuaciones son fáciles Arlette, no entiendo por qué te complicas tanto. Y sobre la señora Ada, acertaste, intuyó lo que estaba a punto de pasar segundos antes y nos ordenó que saliéramos porque ya era hora de irnos, y no está permitido quedarse hasta más tarde —tuerzo la boca

hacia un lado, mostrando mi decepción.

—Así que esa vieja fue la culpable de que no pasará nada más —dice mi amiga con los ojos entrecerrados, yo solo asiento tratando de contener una sonrisa ante su enojo, aunque de cierta forma comparto ese sentimiento.

Sí, tengo que aceptarlo, de no ser por la profesora de matemáticas habría besado a Erix. Soy muy débil, cuando se trata de él, y en ese momento no me habría importado serlo si eso implicaba sentir sus labios sobre los míos, aunque mis experiencias besando no sean las mejores. Cada beso que he dado es un mal recuerdo para mi.

Sacudo la cabeza, soltando un suspiro. Estuvimos tan cerca.

El sonido de alguien tocando la puerta nos hace sobresaltar. Nos miramos con las cejas alzadas, cuando estamos seguras que no sabemos de quién se trata nos encogemos de hombros, al final reímos por nuestra extraña coordinación.

— ¿Quién? —pregunto, aunque lo más seguro es que sea Paris.

Una sonrisita se instala en mis labios al escuchar su voz desde el otro lado de la puerta exclamando un "soy yo". Mi hermano se adentra en la habitación, con su acostumbrada sonrisa y expresión alegre, después de decirle que puede pasar. Al ver a Arlette sus labios se ensanchan haciendo más grande su sonrisa y sus mejillas toman un leve tono rojo cuando mi amiga le sonríe de vuelta. Los observo con ternura, ambos se miran fijamente, es como si yo hubiera desaparecido y solo estuvieran ellos dos. Lamentando romper la conexión chasqueo los dedos llamando su atención, a lo que ambos parpadean y me miran confundidos.

— ¿Qué pasó? ¿Para qué me necesitas? —Paris se queda tildado un momento, después se recupera recordando lo que venía a hacer.

—Ah, cierto. Papá está abajo —es lo único que dice.

Al principio no reacciono, después me levanto de la cama como un resorte y de un momento a otro ya me encuentro en el primer piso. Observo confundida a mis padres, mamá terminando de poner la mesa y papá sentado enviando un mensaje por teléfono. En cuanto me ve deja a un lado el aparato electrónico y me sonríe. Le devuelvo el gesto un poco sorprendida, me acerco hasta sentarme a su lado y cuando Arlette y Paris llegan comenzamos a comer. Disfrutamos de esta comida lo más que podamos pues la mayoría del tiempo papá se encuentra fuera, trabajando y haciendo vueltas que tengan que ver con eso, así que estos momentos en los que podemos estar todos juntos, sentados a la mesa compartiendo nuestro tiempo, nos gusta aprovecharlos. La pasamos entre risas hasta

que terminamos y entonces llega el momento de que mi padre regrese a sus labores.

Paris ayuda a mamá a recoger la mesa, mientras Arlette y yo nos ofrecemos a lavar los platos. Mi hermano no deja pasar la oportunidad y se acerca con la excusa de ayudarnos, siendo él quien seca los trastes. No me pasan desapercibidas las miradas que cruzan entre ellos, y las sonrisitas que se lanzan. Ruedo los ojos, sonriendo, porque es obvio que algo pasa, pero ninguno lo acepta y si ya lo hacen, entonces no quieren decirlo en voz alta.

No hay que ser muy lista para saber que Arlette sospecha de Paris, que cree que su admirador secreto es él. No sabe lo razón que tiene respecto a eso. Un suspiro se me escapa, sin proponérmelo ya estoy camino a mi habitación, dejando a mi mejor amiga junto a mi hermano, que gusta de ella. Dejándolos solos. Quiero que al menos ellos tengan su momento.

****

Al bajar por las escaleras, sin poder evitarlo mi mente viaja al día de ayer cuando Erix y yo estuvimos aquí, a punto de besarnos. De solo pensarlo me tiemblan las piernas y el corazón se me acelera, no cabe duda que el hecho de hablar con él no ha cambiado mis reacciones hacia su persona y eso me alegra, a pesar de ser algo que a veces me hace querer vomitar, las sensaciones de nerviosismo, las cosquillas en el estómago y el pulso acelerado llegan a ser también algo muy lindo.

Me siento en la mesa donde Arlette y yo acostumbramos almorzar, esperando a que llegue para poder hablar un poco antes de volver a clases. No he visto a Erix en lo que va del día y eso me alivia pues no sé cómo debería hablarle, al fin y al cabo solo hemos charlado una vez y la anterior a esa él no la recuerda. Solo yo recuerdo esa primera charla.

—Hey, ya llegué, no sabes las ganas que tengo de arrancarle la cabeza a esa mujer, Ada algún día va a sentir mi furia —la miro reprobatoriamente por sus últimas palabras, la profesora Ada parece ser quien saca de quicio a mi amiga haciéndola comportase como acostumbraba cuando vestía de negro y era una chica oscura —. Qué parte de "no sé cómo resolver una ecuación" no comprende —continua despotricando contra la pobre profesora sin importarle mucho mis miradas severas, las cuales se acaban luego de un momento pues es obvio que ella no se detendrá.

Mientras Arlette sigue quejándose, comienzo a comer la manzana que traje de casa.

—Eso sí que es quejarse, aunque no creo que te convenga asesinar a la señora Ada, estoy casi seguro que podrías terminar en prisión por eso —su voz denota diversión y puedo apostar que está sonriendo.

Un pedazo de manzana que estaba masticando se atora en mi garganta provocando que tosa ferozmente.

Erix me observa preocupado, sentado a mi lado, y me pregunta si estoy bien. Afirmo con la cabeza repetidamente dando a entender que sí pero el chico lindo no se convence de mi respuesta y me ofrece agua amablemente aún con su semblante preocupado.

—Gracias —mi voz sale un poco ronca por el reciente suceso, y siento la garganta rasposa pero no le presto atención. Mis ojos están más ocupados observando atónitos a Erix sentado en nuestra mesa, a mi lado.

Linda sonrisa no es alguien a quien llamarían popular, es una persona normal que le gusta a unas cuantas chicas que lo tienen como el prototipo de chico que les parece atractivo, por lo tanto al sentarse aquí no es como que todas las miradas se posaron sobre nosotros y nuestra sucia mesa. Sin embargo, eso no quita que aun así sienta los penetrantes ojos de alguien clavados en mi espalda. Giro un poco la cabeza mirando sobre mi hombro, me topo con la mirada de Beverly que nos observa a lo lejos con un rastro de tristeza, tardo unos segundos en darme cuenta que no me presta atención a mi, ni a Arlette, sus ojos verdes están fijos en el chico a mi lado. Zigor no parece contento por la falta de atención en él de parte de su novia, lo noto en su rostro que la observa con irritación y enojo. Los ojos grises de Zigor siguen la mirada de Beverly topándose con nosotros, no obstante, su mirada no se queda por mucho tiempo en Erix, se posa en Arlette y por último en mi. Sus ojos me toman por sorpresa y no me da tiempo de apartar la mirada, lo veo sonreír de lado con maldad. Hago una mueca y vuelvo a acomodarme en mi lugar.

Aunque la parejita nos esté observando estoy segura que no son ellos los únicos mirándonos a lo lejos. Todavía puedo sentir esa mirada penetrante, solo que no se de quien es. Arlette está ocupada comiendo un muffin de chocolate. Erix también parece sentirla porque se remueve un poco en su lugar y sus ojos cafés recorren la cafetería con rapidez tratando de encontrar a esa persona. Hago lo mismo un momento, al final mis ojos terminan sobre su rostro y eso me distrae de lo que estaba haciendo y me pierdo observando su cabello rizado, sus cejas pobladas, alguna que otra marca de acné, su nariz recta y sus labios. Esos labios que se curvean un poco cuando me sonríe, no sé cuándo dejó de buscar a la persona que parece vigilarnos. Le devuelvo la sonrisa algo perdida, con mi mente en *Erixlandia*.

— ¿Te sientes mejor? —pregunta haciéndome sentir aún más perdida, me toma unos segundos saber que se refiere a cuando casi me ahogo con el

pedazo de manzana.

—Sí, estoy mejor. Tranquilo, no pasó nada, estoy bien —le digo con una sonrisa tranquilizadora, su expresión demuestra que se siente aliviado por mi respuesta, eso me hace ruborizar y que mi corazón se acelere ligeramente porque se preocupa por mi.

—Haré la pregunta que Cali no se atreve a hacer —mi ceño se frunce ante las palabras de Arlette, no sé qué pretende. Intento hacerla callar con ojos suplicantes cuando lo descubro pero no me presta atención a mi.

Erix me dirige una mirada confundida, a lo que solo me encojo de hombros. Después regresa su atención a mi amiga que lo observa sonriente y con los ojos entrecerrados.

— ¿Qué haces aquí? —levanta una ceja esperando una respuesta, al no obtenerla vuelve a preguntar — ¿Por qué te sentaste aquí?

Al chico lindo se le dibuja una sonrisa de comprensión y no tarda en responder.

—Bueno, pensé que podría sentarme a comer con ustedes. Ayer hablé con Cali y las he visto antes, parecen unas chicas agradables. ¿Les molesta? —me lanza un rápido vistazo y luego a Arlette.

Ambas negamos con la cabeza, Arlette le sonríe abiertamente y abre sus brazos de manera teatral.

—Bienvenido seas, entonces —niego lentamente, una pequeña sonrisa en mi boca.

—Gracias, señoritas —dice regalándonos una de sus bellas sonrisas.

Contengo el suspiro que quiere escaparse de mis labios, y en cambio trago saliva.

—Entonces... ¿Crees que somos agradables? —pregunto con un poco de timidez, no quiero decir algo fuera de lugar.

—Lo creía —mi sonrisa flaquea —, pero ya lo comprobé, y ahora lo sé.

Vuelvo a respirar cuando lo escucho decir eso, por un momento pensé que diría algo negativo.

—Está bien si me siento con ustedes de ahora en adelante, ¿verdad? —pregunta, alzando las cejas —. Quiero estar cerca de mis nuevas

amigas.

De haber estado comiendo aún me habría vuelto a atragantar. ¿Él acaba de decir lo que yo acabo de escuchar?
¿Dijo que somos sus nuevas amigas?

—Por supuesto que puedes sentarte con nosotras, cuando quieras —es la respuesta de Arlette, y Erix le agradece.

— ¿Amigas? —pregunto, aún sorprendida.

—Claro, eso somos. Bueno yo ya te considero mi amiga, ¿tú no? —su codo me golpea levemente en el costado de forma juguetona, y me sonríe de lado esperando una respuesta.

Acepto que la idea no me agrada del todo, y sé que me lanzaré a la friendzone yo sola una vez responda eso, pero ser amiga del chico que me gusta ya es un gran paso. Antes muy apenas podía mirarlo a escondidas por miedo a que me descubriera, ahora tengo la oportunidad de tenerlo junto a mi cada día durante el almuerzo y quizás también antes de empezar las clases, y en las salidas. Además creo firmemente en que una amistad puede llegar a convertirse en algo más. Tus amigos son los que te conocen, cuando tienes una relación con alguien esperas que te conozca lo suficiente. Puedo aceptar ser su amiga ahora pero quién me asegura que después no podría convertirse en algo más.

Tomo un poco de aire.

—Claro, amigos —digo sonriente.